

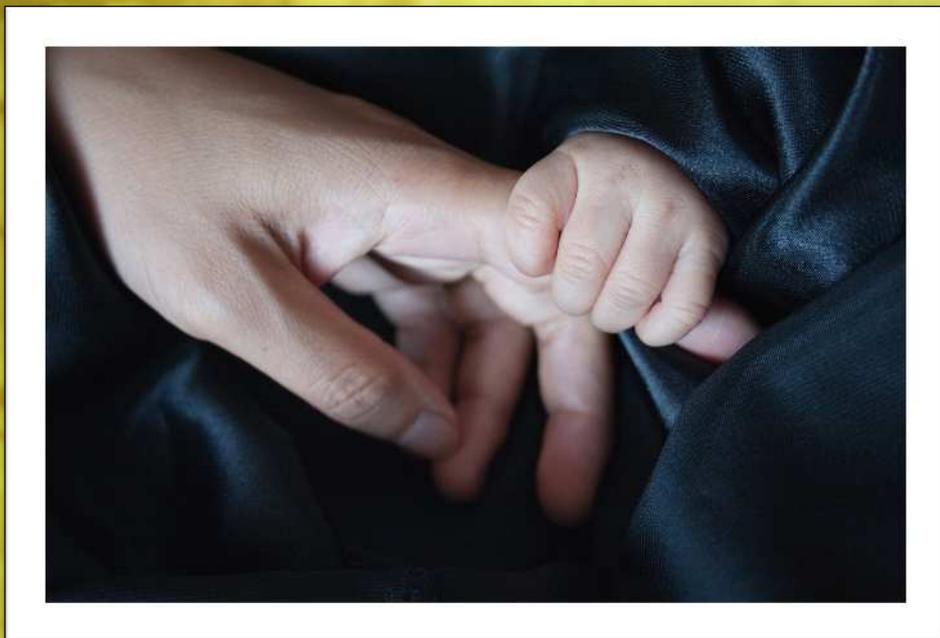
Forum .com



salesianos
SANTIAGO EL MAYOR

Delegación
de Formación

– papeles de
formación continua –



La

dulzura

del corazón

Índice

<u>Este número</u>	3
La dulzura del corazón	
<u>Retiro</u>	4
Semblanza espiritual de san Francisco de Sales	
<u>Formación</u>	14
Comunidades generadoras de vida	
<u>Comunicación</u>	19
La eficacia de la comunicación	
<u>Carisma</u>	24
Los verdaderos amigos del pueblo	
<u>Pastoral Juvenil</u>	28
Por los que se [nos] van desencantados	
<u>La Solana</u>	38
El más difícil vivir	
<u>Educación</u>	41
El mundo invisible y la educación del espíritu	
<u>Lectio divina</u>	50
La huida a Egipto y el regreso a Nazaret	
<u>El Anaquel</u>	55
Vosotros sois mis amigos	
<u>Historias de probada juventud</u>	59
No es cuestión de años	

forum.com – papeles de formación continua

Revista fundada en 2000 – Tercera época

Delegación Inspectorial de Formación

Dirección: Mateo González [forum@salesianos.es]

Jefe de redacción: José Luis Guzón

Delegado de Formación: Juan José Bartolomé

Depósito Legal: LE 1436-2002 – ISSN: 1695-3681

► Este número

La dulzura del corazón

E

stamos a las puertas de 2022, el año en que se celebra el IV Centenario del aniversario de la muerte de san Francisco de Sales. El Aguinaldo, desde el primer día de este año, nos pone en sintonía con esta efeméride y forum.com va a seguir acompañando las lecturas personales en torno al santo saboyano en el que Don Bosco vio un modelo de pastor para su familia espiritual. El retiro, de Eugenio Albuquerque –que también selecciona los textos que proponemos en la sección “Carisma” a lo largo de este curso– nos traza un completo perfil del santo obispo de Ginebra que estimula nuestra misión salesiana de acompañar a los jóvenes de hoy en su camino de descubrimiento de Dios en sus vidas.

Además, este número llega en el 24 de diciembre, a las puertas de una nueva Navidad. Un año más celebramos que «la Vida se hizo visible» (1Jn 1,2), celebramos, como dice el papa Francisco, que «como siempre, Dios desconcierta, es impredecible, continuamente va más allá de nuestros esquemas» y el belén, «mientras nos muestra a Dios tal y como ha venido al mundo, nos invita a pensar en nuestra vida injertada en la de Dios; nos invita a ser discípulos suyos si queremos alcanzar el sentido último de la vida».

¡Buena lectura! Y en esta Noche Santa, ¡Feliz Navidad!



Mateo González Alonso

Semblanza espiritual de san Francisco de Sales¹

Eugenio Alburquerque, SDB

El castillo de Sales, situado junto a la pequeña villa de Thorens, es la cuna del nacimiento del santo, hijo primogénito de los señores de Boisy: Francisco de Nouvelles y Francisca de Sionnaz. En él da sus primeros pasos y se desarrolla su infancia. Muy pronto los señores de Boisy descubren en su hijo un intenso deseo por saber y conocer, una fuerte capacidad de observación, una apasionada curiosidad por las plantas, los insectos, los pájaros, que le llevan a preguntar por la vida, la religión, la fe. Admirados, le explican el sentido, motivan las razones de lo que le mandan o piden.

A partir de los seis años, la personalidad del pequeño Francisco comienza a forjarse no solo bajo el influjo familiar, sino también a través de otros ambientes sociales y culturales, en los colegios de las pequeñas ciudades de La Roche sur Foron y Annecy. Durante dos años, bajo el cuidado del sacerdote Juan Déage, frecuenta el colegio de La Roche, aprendiendo los primeros rudimentos de la gramática. Ante sus ojos se abre un universo nuevo, que le deslumbra y que muy pronto se agranda, al decidir sus padres continuar sus estudios en el colegio chapuisiano de Annecy.

En Annecy, respira el influjo del humanismo renacentista. Como había sucedido en el colegio de La Roche, también en estos años, deja constancia de su avidez por el estudio, de su facilidad para aprender y de su gran piedad.

Durante los cinco años de estudio en Saboya, Francisco comienza a desarrollar su inteligencia, a robustecer su voluntad, a sentir la potencia de su afectividad y sensibilidad. Madura su experiencia religiosa y empieza a echar raíces su honda fe cristiana. En Annecy recibe los sacramentos de la confirmación y de la comunión; y, siguiendo un deseo muy firme, a los once años, pide y recibe la tonsura eclesiástica. Para él no era algo puramente formal; representaba la fuerte tendencia de su corazón a la donación total de sí mismo a Dios y a la entrega generosa a la Iglesia. Por eso, no

¹ Presentación del retiro por su autor disponible en vídeo en <https://youtu.be/zinzsiBBjFE>

extraña la confianza que ya adulto hace a la madre Angélica Arnaud: “Desde los 12 años estaba tan firmemente resuelto a ser de la Iglesia, que no hubiese cambiado esta resolución ni por un reino”.

La crisis de París

Acompañado de nuevo por su preceptor Déage, llega a París en octubre de 1578. En el colegio Clermont, dirigido por los jesuitas, valorado por la organización, la seriedad de la enseñanza y de los estudios, cursa primero humanidades y retórica, para pasar después a los estudios superiores de filosofía, frecuentar la Academia de las Artes de la nobleza y comenzar a iniciarse en la teología. Para el joven Francisco de Sales, los diez años de estudio en París constituyen un periodo decisivo en su formación; son años que forjan y vertebran sustancialmente su vida.

No solo llega a conocer bien el latín y el griego; se adentra en el mundo clásico, en la cultura humanista, en los grandes autores y filósofos paganos. En este ambiente ha de afrontar la dificultad de vivir la fe y la ética evangélica. Junto a sus profesores de la Compañía de Jesús siente el reto de cristianizar el humanismo, acogiendo la nueva estética y dejando íntegra la sustancia cristiana.

Especialmente en los años en que frecuenta la Academia de las Artes puede completar sus estudios en matemáticas, cosmografía, astronomía, música, hebreo y, sobre todo, satisfacer su profundo deseo de dedicarse a la teología. Las lecciones del benedictino Générard sobre el *Cantar de los Cantares*, quedaron para siempre impresas en su alma. En él encontró la inspiración y el sentido de su vida

Pero no solo el desarrollo intelectual configura la personalidad del joven de Sales a lo largo de estos diez años. A través de la formación religiosa que recibe en el colegio Clermont robustece también la madurez cristiana. La enseñanza religiosa, la formación moral, la propuesta del ideal de la virtud, estimulan su esfuerzo y lo orientan en la práctica de las virtudes cristianas de la caridad, la obediencia, la humildad, la castidad, el trabajo y cumplimiento del deber.

En este camino hacia la madurez cristiana destaca la práctica sacramental. Desde 1586, a sus diecinueve años, confiesa y comulga semanalmente. El cuidado de su preceptor, los consejos del confesor y la lectura de los libros de meditación, que se le aconsejaban, constituían la fuente principal de su orientación espiritual. Sin embargo, en este proceso Francisco de Sales ha de afrontar un arduo combate consigo mismo. Lo hace recurriendo a los medios ofrecidos por la tradición cristiana: la penitencia, el ayuno, la oración. Pero llega un momento en que siente hondamente el desgarramiento interior, la división entre el espíritu y la carne. Se ve envuelto en una crisis fortísima. De manera obsesiva se siente destinado a la condenación, a ser eternamente enemigo de Dios, al que tanto ama y quiere amar.

Se trata de una crisis vital, que convulsiona toda su personalidad y toda su vida, llegando hasta lo más íntimo de su ser. Quizá estuvo originada especialmente por la tentación contra la castidad y la cuestión teológica de la predestinación. Pero desencadena una grave enfermedad, que durante seis semanas lo mantiene sin fuerzas en medio de un sufrimiento desgarrador. Termina a los pies de Nuestra Señora, en la iglesia de San Esteban de Grès, abandonándose en las manos de Dios con un acto heroico de amor: “Yo os amaré, Señor, al menos en esta vida. ¡Al menos en esta vida os amaré si no me es concedido amaros en la eternidad! Si mis acciones lo exigiesen y debiera ser maldito entre los malditos, concededme no ser de aquellos que maldicen vuestro nombre” (OEA XXII, 19-20).

A través de la prueba y del sufrimiento descubre Francisco el puro amor de Dios. Este será el centro de su existencia, de su vida espiritual y de su enseñanza.

La opción de Padua

Concluidos los estudios en París, llega a Padua para realizar los cursos de doctorado “in utroque jure”. Enseguida se pone en las manos del jesuita Antonio Possevino. Esta opción, resulta una determinación decisiva en su maduración cristiana.

Los ejercicios espirituales lo marcan profundamente. Son el principio de una intensa vida espiritual, que comienza preparando su proyecto de vida. En él señala los aspectos importantes en los que debe fijar la atención y la voluntad: tiempo de oración, misa diaria, un tiempo de *reposo espiritual* a lo largo del día para concentrarse en la meditación del amor y la bondad de Dios, en el rechazo del pecado y la excelencia de la virtud. Por indicación del padre Possevino presta una importancia especial al estudio de la teología. Se familiariza con la *Suma* de Santo Tomás, al que añade los escritos de san Buenaventura y de algunos padres de la Iglesia: san Agustín, san Bernardo, san Ambrosio, san Cipriano, san Juan Crisóstomo, sin desdeñar a los autores modernos.

Su atención se concentra especialmente en las cuestiones sobre la gracia, la libertad y la predestinación, entonces candentes y que le inquietaban. A través de un intrincado proceso consigue despejar sus dudas, clarificar racionalmente su pensamiento y llegar a una opción de capital importancia en su visión del hombre y en su concepción de Dios. Así la explica algunos años más tarde: “De nosotros depende el ser suyos, pues aunque esto es un don de Dios, es un don que Él no niega nunca a nadie; por el contrario, se lo ofrece a todos para dárselo a los que de buena voluntad quieran tomarlo” (T III, 5).

Una ayuda muy particular en estos años la encuentra en el que se puede considerar su libro de cabecera: *El combate espiritual* de Lorenzo Scupoli. En Padua, lo leía entero cada mes y, más tarde, incluso siendo obispo, todos los días leía al menos algunas líneas.

Lo estimulaba al combate sobre sí mismo para llegar al amor de Dios. A lo largo de los tres años de estancia en Padua, Francisco de Sales se convierte en un hombre maduro. A través de la dirección espiritual llega a una síntesis armónica de su personalidad.

Discernimiento vocacional

Al terminar los estudios de derecho, con 24 años cumplidos, regresa Francisco a Saboya. Llega feliz y gozoso, pero también con una gran incertidumbre en su corazón ante el futuro, presintiendo la tensión interior entre sus sueños secretos, cultivados desde la infancia, y las expectativas y deseos de su familia.

Desde la infancia había sentido hondamente la vocación sacerdotal. En Padua, la dirección espiritual le ayudó a emprender un cuidadoso discernimiento vocacional que afianzó su decisión íntima de entregarse a Dios y servir a la Iglesia. Pero al encontrarse entre los suyos y tener que enfrentarse a la realidad, estalla el conflicto. Siente hondamente su vocación, viendo la voluntad de Dios en su seguimiento. Sin embargo, le resulta difícil conciliar esta voluntad con la voluntad de su padre. Y siente también que sus aspiraciones puedan suponer una traición a los sueños y expectativas de la familia. Al mismo tiempo hay en él un fuerte sentido de la responsabilidad como primogénito de una familia numerosa, con el padre ya de edad avanzada y físicamente desgastado.

Se enfrenta así a un doloroso conflicto interior: ¿ser fiel a su padre no será acaso ser infiel a Dios?; y ser fiel a Dios ¿no sería relegar sus obligaciones de hijo primogénito y traicionar a su familia? Firme en sus convicciones se pone en las manos de Dios e intenta adaptarse a los requerimientos paternos tanto respecto a su proyectado matrimonio, como a su inscripción en el Colegio de Abogados de Chambéry.

Cuando Francisco pide serenamente a su padre su consentimiento para abrazar el estado eclesiástico, al que se siente llamado por Dios, la reacción del señor de Boisy es inmediata y airada. El hijo, de manera muy humilde, le responde: “Padre, le serviré hasta el último aliento de mi vida y prometo no escatimar el servicio a mis hermanos... Le puedo decir que la idea del sacerdocio la he tenido desde la niñez”. El padre lloró largamente, sintiendo un desgarramiento muy profundo y doloroso en su vida. Por fin, pudo balbucear: “Hijo, haz en Dios y por Dios, lo que te inspire. Yo, por mi parte, te doy mi bendición”. Estas palabras representan el epílogo de la dura lucha sostenida no solo en los últimos meses, sino a lo largo de muchos años, desde la niñez, cuando comenzó a sentir la llamada de Dios.

Todo para todos

Sintiendo hondamente cómo Dios ha ido guiando sus pasos, tras un largo retiro espiritual, el 18 de diciembre de 1593, Francisco de Sales es ordenado sacerdote. Como él mismo confiesa, en ese momento “Dios tomó posesión de mi vida de una manera inexplicable”. Su ideal de sacerdote mira a unirse íntimamente a Jesucristo, Sumo Sacerdote y a identificarse con Él, viviendo y permaneciendo en Cristo. A Él se entrega. Y desde Dios, como san Pablo, quiere también darse a todos y “ser todo para todos”.

Se implica en un trabajo pastoral muy intenso. Además de su actividad cotidiana en el coro catedralicio, como preboste de la diócesis, atiende a confesiones y predicaciones en Annecy y en los pueblos de alrededor, visita a los enfermos, a los encarcelados, socorre a los pobres, ayuda a muchos en sus pleitos, buscando el acuerdo y la conciliación. Está convencido de que la reforma de la Iglesia implica, ante todo, la renovación de uno mismo y de que no puede ser santa sin sacerdotes santos. Y este es su primer compromiso: la búsqueda decidida de la santidad.

Comprometido definitivamente en el ministerio pastoral de la Iglesia, se le pide la arriesgada empresa misionera de recuperar la región protestante del Chablais para la religión católica. Muchos han comparado la experiencia vivida por el santo en esta misión con el martirio, tanto por los peligros de persecución y muerte a los que tuvo que enfrentarse como a los grandes sufrimientos que soportó. Fue el martirio de la inmolación apostólica, de la vida entregada por amor.

Durante los tres años de la misión, se manifiesta especialmente lo que constituye el móvil de toda su vida y de su ingente actividad pastoral, el “da mihi animas”. Su corazón vibra al unísono del corazón de Cristo, buscando y deseando solo el bien de las almas. Y este servicio generoso lo realiza con bondad, mansedumbre y dulzura. Su método es el método evangélico del mismo de Jesús, el método del amor, de la dulzura, de la mansedumbre, de la paciencia, de la humildad.

El círculo Acarie

Tras la intensa experiencia apostólica del Chablais, para Francisco de Sales se abre una nueva etapa. Sustituyendo a monseñor de Granier, realiza la visita “ad limina” ante el papa Clemente VIII. A petición del propio monseñor de Granier, el Papa lo nombra obispo coadjutor de Ginebra.

Al lado de su obispo comienza una generosa colaboración. La encomienda de una difícil misión diplomática motiva una nueva estancia en París durante casi ocho meses, que le depara una gran actividad pastoral y, sobre todo, una fuerte experiencia espiritual. En la capital francesa encuentra un ambiente muy diferente del de sus años de estudiante. Descubre “una ciudad de santos” y, entre ellos, a “una nueva Teresa”,

madame Acarie, que ha creado un círculo de espiritualidad, que ocupa un lugar excepcional en la gestación de la espiritualidad francesa del siglo XVII.

Madame Acarie es una mujer de acendrada vida espiritual que logra conciliar una fuerte experiencia mística con los quehaceres domésticos de una madre de familia numerosa. Su casa es lugar de encuentro y centro de referencia del fervor religioso de la ciudad; en ella se citan y convergen las principales corrientes espirituales de la época. Francisco de Sales la frecuenta desde su llegada a París. Puede observar el progreso de la vida devota en esas almas con las que se comunica habitualmente, estando cerca al mismo tiempo de acompañantes y acompañados. Aunque sea de forma temporal, la misma madame Acarie lo toma como confesor y con frecuencia dedica tiempo a tratar con él asuntos espirituales.

La experiencia vivida en este círculo representa un momento decisivo en su crecimiento espiritual y, sobre todo, en su preparación como maestro de espiritualidad. El contacto con otras corrientes y escuelas le ayuda a conocer la existencia de muy diferentes caminos hacia la santidad. Y, de manera especial, la relación con madame Acarie lo abre al conocimiento y experiencia de fenómenos místicos.

Tras estos meses de estancia en París, Francisco de Sales se convierte en un hombre espiritual sabio y prudente, equipado para responder a la misión a la que Dios le llama. Apenas abandona la capital francesa comienza a escribir verdaderas cartas de dirección espiritual. La *Introducción a la vida devota*, las *Conversaciones espirituales*, el *Tratado del amor de Dios* no harán más que desarrollar los pensamientos que en ellas expresa.

Obispo de Ginebra

Con el mismo entusiasmo y el mismo amor con el que se entregó en sus años de sacerdote, se entrega a Dios y a la Iglesia como obispo. Tiene delante el ejemplo de los apóstoles y quiere trabajar con su mismo celo. Durante veinte años consagra a la diócesis de Ginebra sus trabajos y desvelos. En cuanto obispo, se siente especialmente pastor: “pastor de las ovejas más necesitadas y médico de las que sufren”. Y, siendo obispo de Ginebra, es también teólogo y escritor, director y acompañante espiritual, reformador según el espíritu del concilio de Trento y fundador de una orden religiosa. Pero sobre todo, viviendo su misión episcopal, crece en el amor de Dios, lo difunde, se hace santo y ayuda a muchos a serlo.

También antes de su consagración episcopal, se retiró en la soledad y la oración para prepararse, convencido de que la reforma y santificación de la diócesis comenzaba por su propia persona. Prepara una especie de reglamento o proyecto de vida (cf. *OEA XXII*, 111-126) en el que señala no solo las actitudes, valores y preocupaciones

espirituales que quiere que configuren su vida, sino también la organización de su jornada diaria: una hora de meditación, rezo del breviario, misa, momentos de estudio y de oración, sacramento de la reconciliación, tiempo anual para la revisión de su alma.

Su preocupación mas fuerte es quizá la de ser el obispo que la Iglesia desea y necesita. Por ello intenta poner los medios necesarios para emprender en su diócesis de Ginebra la reforma eclesial promovida por el Concilio de Trento. En este sentido, su primera preocupación es preparar sacerdotes “de vida ejemplar y de suficiente doctrina”, porque la renovación de la Iglesia pasa por la formación de los futuros sacerdotes. Para Francisco de Sales, el sacerdote es padre, pastor y animador de la comunidad cristiana. Su modelo de vida es Jesucristo, a cuyo servicio se consagra sacramentalmente. Con Él debe configurarse en la realización del ministerio sacerdotal.

Desde el comienzo de su episcopado proyecta una reforma pastoral de la diócesis. La emprende desde un profundo amor a la Iglesia. Persigue, especialmente, la recuperación de la fe católica en los territorios en los que aún prevalecía la Reforma protestante. Para ello, impulsa la predicación, la catequesis y la renovación litúrgica. Y en este impulso renovador alcanza una importancia particular la visita pastoral del obispo a todas las parroquias de la diócesis, a través de un programa metódico. No se olvida en este empeño de la importancia de la educación y la cultura, que él contempla en relación a la formación del ciudadano, del profesional y del cristiano.

En el ámbito de actividad pastoral del obispo de Ginebra reviste una importancia muy especial la dirección espiritual. Constituye un aspecto fundamental de su ministerio episcopal. A lo largo de los veinte años de obispo, acompaña espiritualmente a religiosas y sacerdotes, a relevantes personalidades históricas, a gente de la alta sociedad y a mucha gente sencilla. Lo hace a través del sacramento de la reconciliación, del coloquio personal y también a través de miles de cartas escritas con esta finalidad. La importancia que él le otorga, procede de una convicción muy profunda de su necesidad en el camino de la perfección: “¿Quieres de veras entrar en la devoción? Busca un hombre que te guíe y te conduzca; he aquí la más importante de las recomendaciones” (I I, 4).

Camino de santidad, camino de amor

La propia experiencia espiritual, así como la alcanzada en la dirección espiritual, la transmite el santo a través de sus escritos, especialmente en dos obras señeras de la espiritualidad cristiana: *Introducción a la vida devota* (1609) y *Tratado del amor de Dios* (1616).

La primera traza un camino de santidad para todos los cristianos, de manera particular, para cuantos viven en el mundo, sea cual sea su estado, profesión o situación social. Es síntesis y punto de llegada de su rica experiencia espiritual, que se

convierte, al mismo tiempo, en trampolín que lo lanza hacia nuevas empresas apostólicas. Su centro es la aspiración a la “devoción”, es decir, a la perfección cristiana, a la santidad. Y su finalidad, “señalar el camino de la devoción en el mundo”. En sus páginas logra condensar lo esencial de la vida cristiana, proponiendo un mensaje sumamente audaz y sorprendente en su tiempo. Representa la cristalización salesiana del mensaje de la santidad laical, la santidad en el mundo, la santidad para todos.

El *Tratado del amor de Dios* es fruto maduro de su propia experiencia espiritual y de su íntima unión con Dios. Nace del corazón del santo y, según la declaración de santa Juana Francisca de Chantal en el proceso de beatificación y canonización, constituye el verdadero autorretrato de san Francisco de Sales, la revelación más fiel de su espíritu. Manifiesta de forma admirable la simbiosis y armonía perfecta que existe entre su vida y su obra. Antes de escribirlo, Francisco de Sales lo ha vivido; y quien lo lee, en él encuentra al santo.

Pero, al mismo tiempo que refleja la propia experiencia espiritual en perfección cristiana, en la oración e incluso en la vida mística de san Francisco de Sales, expresa también el fruto de la dirección espiritual, recogiendo la experiencia íntima de sus primeras hijas de la Visitación y, muy especialmente, la de su grande y querida hija y madre, Juana Francisca de Chantal.

Su finalidad más directa es esta: “ayudar al alma ya devota al progreso de su intento”. Y, según el santo, el progreso espiritual se concentra en el crecimiento de las virtudes teologales de la fe, esperanza y caridad, en la profundización de la vida de la gracia; tiende, pues, a una unión cada vez más intensa y total entre el alma y Dios. La finalidad de la obra es cabalmente conducir al verdadero y puro amor divino, a amar a Dios por sí mismo y a hacer que el corazón se entregue a Dios plenamente.

Fundación de la Visitación de Santa María

San Francisco de Sales ocupa también un lugar eminente en la historia de la vida religiosa. Antes de emprender la fundación de un nuevo instituto religioso, conoce y vive los problemas de la reforma de la vida religiosa en su propia diócesis. Hasta el fin de su vida estuvo comprometido con las cuestiones y problemas que afectaban a la vida religiosa de su tiempo.

Conociendo en profundidad la situación llega un momento en que se plantea la posibilidad de intentar algo nuevo. Piensa en nuevo tipo de vida consagrada que, manteniendo los grandes valores de siempre, se caracterice sobre todo por la simplicidad: sin votos solemnes ni clausura, con una dimensión contemplativa muy firme, pero compaginada con tiempo de actividad y servicio a los enfermos y a los pobres. El providencial encuentro con la joven viuda baronesa de Chantal hará posible

la realización del proyecto, que tiene lugar la tarde del 6 de junio de 1610, entregando a sus primeras hijas un esbozo de las Constituciones, en el que expresa con claridad su finalidad: “Consagrar todos los momentos de la vida al amor y servicio de Dios”.

Lo esencial para el santo es la búsqueda de la perfección, que está en la caridad. Frecuentemente, sobre todo en los primeros años, a través de sencillas charlas familiares explica el obispo el espíritu que debe impregnar la comunidad. Estas “conversaciones espirituales”, recogidas por las mismas hermanas y publicadas más tarde expresan no solo el espíritu de la nueva orden religiosa, sino también el espíritu y el corazón del santo: “un espíritu de profunda humildad ante Dios y de dulzura con el prójimo”.

El gran principio que les propone para su vida espiritual es el que desde los comienzos de la dirección espiritual había propuesto a Juana Francisca de Chantal: “Hay que hacer todo por amor y nada por la fuerza”, teniendo en cuenta que “todo lo que se hace por amor, es amor”. Y para el santo, la cima del amor puro es el amor que ama a Dios por Él mismo y le entrega todo el corazón. Se expresa en el cumplimiento de la voluntad de Dios: en querer lo que Dios quiere y como Él lo quiere. Es decir, en llegar a lo que el santo llama “la santa indiferencia”, de la que tantas veces habló a sus hijas y dejó como testamento espiritual en su lecho de muerte: “Deseo vivamente grabar en vuestros corazones y en vuestras almas una máxima de utilidad incomparable: *Nada pedir, nada rehusar*”. En ella condensaba san Francisco de Sales la sencillez, la obediencia, el desprendimiento y abandono en Dios, la humildad, el cumplimiento de la voluntad divina. Es la síntesis de la perfección cristiana.

El sueño del ermitaño

Con apenas 50 años, Francisco de Sales confiesa sentirse “cansado y rendido”. Sus fuerzas se debilitan de día en día, y es consciente del declinar de su salud. Pero sigue en medio de un cúmulo de ocupaciones y actividades: la atención a sus hijas de la Visitación que crecen de año en año, el acompañamiento de nuevos *teótimos* y *filoteas*, que emprenden el camino de la devoción, la reforma de monasterios de distintas órdenes religiosas, la implantación del Oratorio en la diócesis, la nueva visita pastoral a todas las parroquias que piensa como una gran misión diocesana.

Antes de poner fin a sus días acaricia el sueño de la contemplación. Y piensa retirarse a una cabaña en el monte cercano a la abadía de Talloires para meditar y contemplar el insondable amor de Dios, “para servir a Dios y a la Iglesia con mi rosario y mi pluma”. Tiene un proyecto ambicioso, que, siguiendo la estela de su publicación sobre el amor de Dios, comenzaría con un *Tratado sobre el amor del prójimo*.

No pudo, sin embargo, cumplir sus deseos. En noviembre de 1622 emprende el que será su último viaje terreno. Rodeado de sencillez y de humildad, muere en Lyon, el

28 de diciembre, en la pobre casita del jardinero del monasterio de la Visitación, consumando la inmolación de su vida en el amor. Muere de amor y muere amando, como había vivido, pues ya en vida, había muerto a todo “para vivir en el amor de Jesús”. Muere con su nombre en los labios, uniéndose al coro de los bienaventurados, como había escrito, para cantar eternamente: “¡Viva Jesús! ¡Yo amo a Jesús! ¡Viva Jesús, a quien amo! Yo amo a Jesús, que vive y reina por los siglos de los siglos” (T XII, 13).

Para la reflexión y la oración personal

1. Momentos y aspectos de la vida de san Francisco de Sales que me interpelan especialmente.
2. Su actividad y experiencia apostólica durante los años de sacerdote qué aportan y suponen en mi acción educativo-pastoral.
3. En la enseñanza de sus dos grandes obras de espiritualidad, que aspectos me parecen más importantes en mi propia vida espiritual.
4. El camino espiritual recorrido por san Francisco de Sales puede iluminar mi propio camino: ¿Qué aspectos me parecen más significativos e importantes?

Comunidades generadoras de vida²

Papa Francisco

En estos días de trabajo habéis seguido el tema "*Comunidades generadoras de vida en el corazón del mundo contemporáneo*", iluminándolo con las palabras de María en las bodas de Caná: «*Haced todo lo que Él os diga*» (Jn 2,5). Este es el gesto más hermoso de la Virgen: la Virgen nunca toma para sí, siempre señala a Jesús. Pensad en esto: imitad a la Virgen y haced lo mismo [hace el gesto de indicar]. Por un lado, pues, tener muy presente el contexto social multicultural, marcado por tensiones y desafíos a veces incluso dramáticos, como los causados por la pandemia; al mismo tiempo, escuchar la palabra del Señor, su voluntad, precisamente en este tiempo tan frágil e incierto, con las formas de pobreza que la crisis actual ha producido y multiplicado. Lo sabéis, es terrible. La pobreza se ha multiplicado, incluso la pobreza oculta. Muchas familias acomodadas, o al menos de clase media, no tienen suficiente para vivir. La pandemia ha provocado tantas desgracias.

Despertar la frescura original de la fecundidad vocacional del Instituto: este es el objetivo que os habéis marcado. Es una perspectiva clave para responder a las necesidades del mundo actual, que necesita descubrir en la vida consagrada «el anuncio de lo que el Padre, a través del Hijo en el Espíritu, realiza con su amor, su bondad, su belleza» (CIVCSVA, *Para el vino nuevo, odres nuevos*, 6). Esto no significa negar las fragilidades y las dificultades presentes en las comunidades, sino creer que esta situación puede ayudarlas a transformar el día de hoy en un *kairós*, un tiempo favorable para ir a las raíces carismáticas, para trabajar en lo esencial, redescubriendo, vosotras las primeras, la belleza de la vida consagrada. Este reto os invita a renovar vuestro "sí" a Dios en este tiempo, como mujeres y comunidades que se dejan interpelar por el Señor y por la realidad. Y así se convierten en profecía del Evangelio, en testimonio de Cristo y de su forma de vida.

El Vaticano II indicó a la Iglesia este camino, que es el camino de Dios: encarnación en la historia, inmersión en la condición humana. Pero esto presupone un firme arraigo

² Encuentro del papa Francisco con las salesianas participantes en el Capítulo General de las Hijas de María Auxiliadora en la Casa Generalicia de Roma, 22 de octubre de 2021.

en Cristo, para no estar a merced de la mundanidad en sus diversas formas y disfraces. No olvidéis que el peor mal que puede ocurrir en la Iglesia es la mundanidad espiritual. Casi puedo decir que parece peor que un pecado, porque la mundanidad espiritual es ese espíritu tan sutil que ocupa el lugar del anuncio, que ocupa el lugar de la fe, que ocupa el lugar del Espíritu Santo. El padre De Lubac, en su libro *Méditation sur l'Eglise*, habla de esto en las últimas páginas. Id a buscarlas. Las últimas cuatro páginas. Dice esto que es muy fuerte: la mundanidad espiritual es el peor mal que le puede pasar a la Iglesia, peor que el escándalo en la época de los Papas concubinos. Es fuerte. El diablo entra en las casas religiosas por esta vía. A mí me ayuda a entender cómo entra el diablo entre nosotros. Y no es un pecado, no es una monja matando a otra —¡un escándalo!— o que insulta a otra, no, eso es un pecado feo, todos se escandalizan, piden perdón... No. Jesús nos enseña cómo entra el diablo aquí, y dice lo siguiente: “Cuando el espíritu inmundo ha sido expulsado de una persona, se va, vaga por los desiertos, se aburre, y entonces dice: ¡Volveré a mi casa para ver cómo está!. Una casa toda limpia, toda bonita, toda preparada. Y va, encuentra a siete diablos peores que él y entra en esa casa”. Pero no entra por la fuerza, no, entra educadamente: toca el timbre, da los buenos días. Son demonios educados. No nos damos cuenta de que están entrando. Así que entran despacio y decimos: “Ah, qué bonito, qué bonito, ven, ven...”. Y al final, la condición de ese hombre es peor que al principio. Así sucede con la mundanidad espiritual. Gente que lo ha dejado todo, ha renunciado al matrimonio, ha renunciado a los hijos, a la familia... y acaban —perdón por la palabra— “solteronas”, es decir mundanas, preocupados por esas cosas... Y el horizonte se cierra, porque dicen: “Ésta ni siquiera me ha mirado, aquélla me ha insultado, aquélla...”. Los conflictos internos que encierran. Por favor, huid de la mundanidad espiritual. Y también del estatus: “Soy religioso, soy religiosa...”. Examinad esto. Es lo peor que puede pasar. Es como un [...] que poco a poco te quita las fuerzas. Y en lugar de ser mujeres consagradas a Dios, se convierten en “señoritas educadas”. [...] donde hay servicio misionero, donde hay servicio, donde hay mortificación, para tolerarse mutuamente. Y san Juan Berchmans solía decir: “Mi mayor penitencia es la vida comunitaria”. ¡Y se necesita! Se necesita mucha penitencia para tolerar a los demás. [...] Pero tened cuidado con la mundanidad espiritual. No es que para vivir haga falta cambiar de móvil, que necesite esto, lo otro, irme de vacaciones a la playa... Estoy hablando de cosas reales. Pero la mundanidad es ese espíritu que te lleva a no estar en paz o con una paz no hermosa, una paz sofisticada.

Para vosotras, consagradas, esto requiere una fidelidad creativa al carisma, y por eso siempre volvéis al carisma. ¿El carisma es una reliquia? No, es una realidad viva, no una reliquia embalsamada. Es vida que crea y avanza, no una pieza de museo. Así que la gran responsabilidad es colaborar con la creatividad del Espíritu Santo, para revisar el carisma y asegurar que exprese su vitalidad en el día de hoy. De ahí surge la verdadera “juventud”, porque el Espíritu hace nuevas todas las cosas. Y encontramos religiosas y religiosos mayores que parecen más jóvenes —como el buen vino— a quienes la fuerza del Espíritu ayuda a encontrar nuevas expresiones del mismo don

que es el carisma. Un carisma que es igual para todas, pero diferente para todas. Es el mismo, pero con los matices de la propia persona; y eso quiere decir que esa persona está llena de aquel carisma, es creativa también en el carisma. No sale del carisma, no. Es el carisma mismo. Es la creatividad la que da fidelidad al carisma. Este es el camino de la Iglesia que nos han mostrado los santos papas del Concilio y del período postconciliar: Juan XXIII, Pablo VI, Juan Pablo I —próximamente beatificado— y Juan Pablo II, cuya memoria celebramos hoy.

Otro aspecto que veo en el tema del Capítulo es la necesidad de que crezcan comunidades entrelazadas con relaciones intergeneracionales, interculturales, fraternales y cordiales. Para ello podéis recurrir a vuestro espíritu de familia, que caracterizó a la primera comunidad, en Mornese, y que os ayuda a ver la diversidad como una oportunidad para acoger y escuchar, valorando las diferencias como una riqueza. En esta perspectiva, os animo también a proseguir vuestro compromiso de trabajar en relación con otras congregaciones, buscando vivir relaciones de reciprocidad y corresponsabilidad. Pero esto se puede hacer bien si dentro de tu propia congregación tienes una buena relación, no huyendo a otras congregaciones porque no eres capaz de tolerar la tuya. Esto es para vosotras un modo concreto de vivir la sinodalidad; y, también aquí, el presupuesto es la docilidad al Espíritu Santo, la apertura a sus novedades y sorpresas.

Me gustaría detenerme en esto: en la intergeneracionalidad. Recuerdo una vez una congregación religiosa —no la vuestra— en Argentina, que había tenido problemas, hace muchos años, cuarenta años más o menos. La Madre General era una monja que sabía organizar, y dijo: “No, no: aquí hace falta juventud”, porque en aquella época había muchas vocaciones. Las ancianas estaban todas en una residencia y las jóvenes aparte. Pero esto es un pecado, ¡un pecado contra la familia! Las ancianas deben vivir, en la medida de lo posible, en la comunidad de vida. Y un deber de los jóvenes es cuidar a los mayores, aprender de ellos, dialogar con los mayores. Si no existe este intercambio en una congregación, es el camino que lleva a la muerte. [Muestra una imagen que se ha distribuido, en la que se ve a un monje joven llevando a un anciano sobre sus hombros] Esta que he traído... Este monje joven llevando a un anciano. Esta es la “profesión” del joven. Poder tener abuelas, abuelos en casa. Recuerdo que en esa congregación, que mencioné antes, las ancianas se morían de corazón roto. “Está muerta... Está mal...”. El corazón roto venía de la tristeza de no poder disfrutar de las nuevas generaciones. Haced un examen de conciencia: ¿cómo acojo a los ancianos? Es cierto que los mayores a veces se vuelven algo caprichosos —somos así— y los defectos en la vejez se acentúan; pero también es cierto que los mayores tienen esa sabiduría, esa gran sabiduría de la vida: la sabiduría de la fidelidad de envejecer en la vocación. Y gracias por todo lo que haréis. No aislar nunca a los ancianos. Sí, habrá residencias para ancianos que no pueden llevar una vida normal, tienen que estar en la cama... Pero ir allí todo el tiempo, visitar a los ancianos, visitarlos... ¡Son el tesoro de la historia! Me ayuda mucho la experiencia de Santa Teresa del Niño Jesús, cuando acompañó a

una monja anciana que apenas podía caminar. Pero era una monja ligeramente neurótica, algo que sucede a veces. Y Teresa hacía de todo... Y Teresa nunca apagaba su sonrisa. La traía y la sentaba, y luego le cortaba el pan. La pobre anciana, que era un poco neurótica, se quejaba de todo, pero la miraba con cariño. Y sucedió una vez que, en el camino del coro al refectorio, se oía bullicio fuera, se escuchaba música de baile, había una fiesta cerca. Y Teresa dijo: “Nunca cambiaré esto por aquello”. Había comprendido la grandeza de la vocación. El respeto a las personas mayores. Por favor, ¡traed a los ancianos!

La misma apertura al Espíritu os permite perseverar en vuestro compromiso de ser comunidades generadoras en el servicio a los jóvenes y a los pobres. Comunidades misioneras, en salida, tendidas a anunciar el Evangelio a las periferias, con la pasión de las primeras Hijas de María Auxiliadora. Esa pasión es impresionante, la de los primeros salesianos. Verdaderamente, asombraba a los chicos y a las chicas. En un libro que os he traído —se lo dejaré a la Madre General—, un libro que habla de un sacerdote salesiano de Lodi que fue misionero en Argentina, el P. Enrico Pozzoli, en la introducción del libro —es interesante— muestra el número de salesianos que Don Bosco envió a Argentina. ¡Tantos! Y cuando llegaron a Buenos Aires —esta es la belleza de los primeros salesianos— no fueron a los barrios de clase media, no, fueron a buscar las fronteras... ¿Qué atrae la vocación? Santidad, celo. Buscadlo, ved este espíritu misionero... A propósito de los jóvenes, quiero animaros, porque no es fácil acompañar a los chicos y chicas adolescentes. Bien lo saben los padres y también vosotras. Por eso también quise el Sínodo para los jóvenes y con los jóvenes, del que salió la Exhortación *Christus vivit*. Sé que la utilizáis; os animo a seguir haciéndolo, estoy seguro de que allí podréis encontrar varias ideas en armonía con vuestro carisma y vuestro servicio educativo.

Queridas hermanas, sé que os estáis preparando para celebrar el 150 aniversario de la fundación del Instituto. Esta también es una oportunidad de renovación y revitalización vocacional y misionera. No olvidéis la gracia de los orígenes, la humildad y la pequeñez de los comienzos que hicieron transparente la acción de Dios en la vida y en el mensaje de quienes, llenas de asombro, iniciaron este camino. María Auxiliadora os ayudará; ¡sois sus hijas! Sus palabras en las bodas de Caná fueron y son un faro de luz para vuestro discernimiento: «Haced lo que Él os diga». María es la mujer atenta, plenamente encarnada en el presente y solícita, una mujer que se preocupa. A su manera, ojalá estéis a la escucha de la realidad, captar las situaciones de necesidad, cuando falta el “vino”, es decir, la alegría del amor, y llevar a Cristo, no con palabras, sino con el servicio, con la cercanía, con la compasión y la ternura. Me detengo aquí. Para mí algo muy feo, es una religiosa enfadada, una religiosa que parece desayunar no con leche sino con vinagre. Sed madres. Ternura. El estilo de Dios es siempre la cercanía. Lo dijo al principio, en el Deuteronomio: “Pensad: ¿qué pueblo tiene sus dioses tan cerca como vosotros a mí?”. La cercanía. Y la cercanía de Dios es siempre compasiva y tierna. La cercanía es compasión y ternura. Cada día, en vuestro

examen de conciencia, preguntaos: “Hoy, ¿he estado cerca? ¿He sido compasiva? ¿He sido tierna?”. Adelante con esto. Utilizad mucho la palabra ternura. Es importante para la forma de ser. Llevad la esperanza que no defrauda. La verdadera esperanza. Sed como María, mujeres de esperanza. Vosotras lo hacéis partiendo de la identidad salesiana, con el estilo salesiano: sobre todo la escucha, la presencia activa, el amor a los jóvenes. La creatividad del momento, como decía Don Bosco.

Ese «*la Madre de Jesús estaba allí*» (Jn 2,1) del Evangelio de las bodas de Caná, en vuestras Constituciones se convierte en «*María está activamente presente en nuestra vida y en la historia del Instituto*» (cf. Const. FMA, 44). Acompañadas por ella, avanzad con entusiasmo por el camino que el Espíritu os sugiere. Con el corazón abierto para recibir el empuje de la gracia de Dios, con una mirada atenta para reconocer las necesidades y urgencias de un mundo en continuo cambio. Mirad al cambio, pero con un corazón siempre enamorado del Señor. Un corazón de madre, un corazón cercano, con compasión y ternura.

¡Y gracias por este encuentro! Gracias por lo que sois y por lo que hacéis. Estoy cerca de vosotras en la oración y os bendigo a vosotras y a todas vuestras hermanas en el mundo. Y os pido que recéis por mí: ¡no es fácil ser el Papa!

Comunicación

La eficacia de la comunicación

Javier Fernández del Moral³

*El periodismo se basa en la **eficacia de la comunicación**, porque resulta definitiva para entender el periodismo profesional, la pericia de titular, la forma de **llevar la verdad a la opinión pública** despertando su interés.*

Después de una vida entera dedicada a la investigación, la docencia y, en algún momento, al ejercicio profesional del periodismo, me sentí urgido desde lo más íntimo de mí para hacer una breve reflexión que catalice inquietudes de otras muchas personas preocupadas también por el futuro de la sociedad, en una misma dirección de supervivencia, de servicio y de rigor.

Esa urgencia íntima tuvo lugar después de leer los periódicos del 13 de diciembre de 2020. Estábamos en plena apoteosis de noticias sobre la pandemia que originó un nuevo virus de origen y consecuencias desconocidas, el cual produjo un auténtico caos informativo en materias muy diversas, pero sobre todo en medicina, en economía, en derecho y en política, especialidades en las que tenemos suficientes expertos teóricos y profesionales ejercientes como para que sus diagnósticos, sus juicios o sus predicciones nos permitieran mantener una cierta garantía de acierto.

Pero ¿qué pasa con esos juicios expertos?, ¿llegan de forma nítida a la sociedad?, ¿influyen de un modo eficaz en la toma de decisiones políticas...? He aquí la clave de bóveda de un arco cada vez más complejo, incomprensible y determinante como es la llamada sociedad de la información.

En los días en los que sufrí ese latigazo inquietante del que hablaba, se estaba discutiendo la posibilidad o no de investigar la gestión pública de la pandemia en nuestro país. Y una vez más, surge la inevitable brecha ideológico-política que

³ Es catedrático emérito de Periodismo Especializado en la Universidad Complutense de Madrid.

separa de forma grosera toda realidad en bueno y malo, en verdadero o falso, en saludable o enfermizo, en útil o estéril. “Qué buenos son los míos y qué perversos son los otros”. El asunto llegó hasta el Tribunal Supremo después de pasar por la Fiscalía General del Estado. Se esperaba una resolución que diera definitivamente por zanjada la cuestión en un sentido o en otro, y el Supremo decidió.

Dos de los mejores y más prestigiosos periódicos nacionales con reconocimiento internacional, *ABC* y *El País*, se ocuparon de la cuestión, y el 13 de diciembre de 2020 ofrecieron sendos titulares con el propósito de que sus lectores quedaran perfectamente enterados de lo que había decidido el alto tribunal. Este es el resultado:

ABC: “El Supremo enmienda al fiscal y cree que sí hay que investigar la gestión de la COVID”.

El País: “El Supremo rechaza todas las querellas contra los Gobiernos por la gestión de la pandemia”.

Pero..., pero vamos a ver, al final, ¿qué ha decidido el Tribunal Supremo? Pues eso, depende: si usted es lector de *ABC* llegará a esta conclusión: “Claro, yalo decía yo, menos mal que nos quedan en España recursos jurídicos rigurosos, porque anda que si tuviéramos que fiarnos de la Fiscalía General del Estado (¿de quién depende la Fiscalía...?, pues eso), íbamos listos. Ya verás la que les va a caer a estos inútiles del Gobierno...”. Pero si usted es asiduo lector de *El País*, y se asoma a la realidad a través de sus páginas, su razonamiento hubiera sido este: “Claro, es lógico. No sé lo que pretendían esa panda de fachas, como si la justicia fuera de chicle y se pudiera moldear a su antojo para querellarse contra los que ellos quieren”.

No podemos desacreditar el periodismo de forma simplista y desterrarlo para siempre

Conclusión: ambos lectores quedan desinformados; los expertos, desprestigiados, y la verdad, oscurecida. ¿Quién sale más favorecido: el primer lector, el segundo lector o el que no haya leído ninguno de los dos periódicos? Pues mire, no lo sé, porque los no lectores no se van a formar ninguna opinión y al final se fiarán de sus amigos o sus líderes de opinión, que sí lo han hecho siguiendo las pautas que hemos descrito, por lo que, una vez más, la brecha decidirá en dos grandes bloques un dictamen jurídico sumamente especializado que no habrá servido para nada.

Desde luego, lo que no podemos hacer es concluir de forma simplista desacreditando el periodismo y desterrando para siempre su presencia de nuestra

sociedad; todo lo contrario. Los dos periodistas que firman las informaciones aludidas son rigurosos y bienintencionados. Los dos trabajos se encargan en el resto de su exposición de aclarar, de matizar, de desgranar toda la información; desde los subtítulos, entradillas o sumarios hasta la última idea que traslada el texto, se orientan a la explicación pormenorizada y precisa del contenido del pronunciamiento de la Sala Penal. Y una vez terminada la lectura pormenorizada y atenta de ambos trabajos, la conclusión viene a ser muy similar en los dos lectores: “Ya se sabe, con estos jueces tibios que no se quieren mojar, siempre pasa lo mismo, no pero sí, sí pero no...”, lo cual redundante de forma dramática en la falta de confianza y de credibilidad de instituciones básicas para la convivencia democrática.

Y ahora, la reflexión sobre el periodismo. El periodismo se basa precisamente en la eficacia de la comunicación. Esa definición que tuve que acuñar antes de conceptualizar el periodismo especializado: “Intermediación profesionalizada para la comunicación eficaz de las informaciones socialmente pertinentes”. Destacamos ahora justamente lo de la eficacia comunicativa porque resulta definitiva para entender el periodismo profesional, el arte de titular, la pericia de titular, la forma de llevar la verdad a la opinión pública despertando su interés. Extraordinario proceso, capaz de justificar por sí mismo la posible reflexión científica de una nueva ciencia y el desarrollo de toda una “nueva tecnología”.

Es muy interesante constatar que en la mayor parte de los trabajos que hemos podido analizar dentro de la llamada genéricamente información especializada, los expertos se han sentido satisfechos con el resultado de la información completa publicada o editada; sin embargo, por lo general, han planteado alguna reserva en contra de los titulares. Titulares que, por otra parte, casi siempre han sido los responsables del consumo íntegro de la información ofrecida. Y ahí debería radicar la pericia de los periodistas especializados, en conseguir la máxima eficacia comunicativa con la menor pérdida de rigor y veracidad.

Se debe conseguir la máxima eficacia comunicativa con la menor pérdida de rigor y veracidad

Así dicho parece una bagatela, una mera pirueta retórica, pero si nos detenemos algo más en esa reflexión, estamos planteando ni más ni menos que la supervivencia de nuestra sociedad, de una sociedad abierta a la salvación, al éxito o a la condena, al fracaso más estrepitoso, aherrojada por intereses de todo tipo que pugnen por el control de la información. Si los conocimientos expertos no son capaces de permear en esa sociedad de la información, habremos llegado a la peor de las disyuntivas: o bien se imponen despóticamente las conclusiones especializadas de los técnicos (tecnocracias dictatoriales), o bien se adoptan

soluciones equivocadas técnicamente, pero con amplia aceptación social. La verdad científica podrá prevalecer en la opinión experta; no obstante, si no se refleja en la opinión pública y, por tanto, en las decisiones políticas, no pasará de ser una verdad inútil.

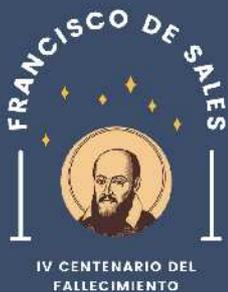
Es más necesario que nunca el periodismo de aquellos que amen más la verdad que sus consecuencias

¿Y quién es el dueño del titular?, ¿a quién le corresponde la responsabilidad de tratar de conseguir ese equilibrio? ¡Cuántas veces un riguroso trabajo periodístico se ha visto pervertido por la mano política o económicamente interesada que ha conseguido llegar al titular de la información! ¿Es o no más necesario que nunca un periodismo libre, profesional, independiente, riguroso y profundo? Ese periodismo de aquellos que amen más la verdad que sus consecuencias. En los dos titulares que hemos analizado sobre la resolución del Tribunal Supremo, queda patente lo contrario, interesan más las consecuencias del pronunciamiento que el pronunciamiento mismo. Habría que saber quiénes llegaron y por qué se llegó a titular así. Pero una vez hecho, cada autor, cada periodista profesional, debería tener la opción de plantear su defensa. “El defensor del periodista”, he aquí una figura fundamental apuntada ya en el artículo 20 de la Constitución del 78, cuando se abre la necesidad de legislar sobre prerrogativas profesionales de los periodistas, comenzando por la cláusula de conciencia y el secreto profesional.

Si la polémica experta sobre la naturaleza de la luz hubiera sido reflejada en los medios de comunicación de la época, la opinión pública se habría dividido dramáticamente en dos grandes bloques: los defensores de la naturaleza corpuscular y los defensores de la teoría ondulatoria. Cada medio habría utilizado unos u otros expertos para llevar a la sociedad “su” verdad, y las dos partes habrían confundido a sus seguidores, pues los dos tenían la mitad de la razón. Al final, resultó que la luz consiste en unos corpúsculos transmitidos por onda. Me produce extraordinaria perplejidad contemplar a estas alturas polémicas sobre la identidad corporativa del periodismo o de los medios de comunicación, con pretextos de revoluciones tecnológicas o políticas. El periodismo ha alcanzado el estatus científico con la suficiente madurez. Se hace preciso que ese estatus se vea reflejado ahora en la norma jurídica que defienda la independencia profesional en su ejercicio.

En 2021 se está celebrando un doble aniversario en dos instituciones en las que me siento profundamente implicado, los 50 años de la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid, de la que he sido catedrático y decano, y los 50 años del cierre del diario *Madrid*, en cuya fundación tengo el honor de participar como consejero y patrono.

Academia y profesión, universidad y medios de comunicación, ciencia y experiencia, se pueden unir en una misma reflexión y un mismo deseo, hacer del periodismo el gozne sobre el que basculen nuestras sociedades democráticas, porque ya dijimos en la Asociación de la Prensa de la Madrid hace unos años que “sin periodismo no hay democracia”, pero “sin periodistas no hay periodismo”.



Carisma

Los verdaderos amigos del pueblo⁴

*Beato Marcelo Spínola,
Salesiano Cooperador*

Entre los santos de los últimos tiempos hay uno, menos amado sin duda de lo que serlo debiera a causa de que se le conoce poco o se le conoce mal. No es su nombre popular como los de san Francisco de Asís, san Antonio de Padua y otros, que invocan a cada momento sabios e ignorantes, grandes y pequeños. Nos referimos a san Francisco de Sales. Aquellos que han estudiado el carácter y los hechos de este hombre admirable y han leído sus numerosos escritos, en los que parece palpitar su hermoso corazón, le miran justamente como un varón providencial, y no creen exagerado, sino antes muy puesto en orden, apellidarle gloria de los modernos tiempos.

Pocas almas ha habido tan bellas como la de san Francisco de Sales; nunca se encontró en su pecho hiel, ni amargura en sus palabras, blandas siempre y suaves, como la corriente del arroyo: en su frente brillaba la luz; pero más era esta la luz del cielo, que la del talento, aunque indudablemente era grande, sublime la inteligencia de Francisco: en sus modales se notaba la finura y la distinción propia de las personas más cultas y mejor educadas, y su conversación agradable, instructiva, salpicada de edificantes agudezas, si bien jamás cáustica ni satírica, hacía su trato por extremo ameno: en su presencia se respiraba no el ambiente emponzoñado de este mundo, sino el aire que respirarse debe entre los ángeles y los bienaventurados en la Jerusalén de las alturas.

Pero ¿á quien pertenece Francisco de Sales?, ¿cuya es esta gloria? Todas las clases de la sociedad se la disputan. La aristocracia de los blasones no es hoy lo que fue en mejores días: frívola, llena de vanidad, piensa solo en cosas de tierra: el círculo de recreo, la novela, el periódico, las visitas, el teatro, el paseo, los viajes, las partidas de diversión, ved aquí las graves ocupaciones de las gentes que forman lo que se llama la alta sociedad: los que en sus primeros días frecuentaron las aulas olvidaron lo que aprendieron, y el que quiere echársela de erudito ostenta una erudición trasnochada, que hace reír. El desprendimiento no es la virtud de los grandes personajes: suelen dar mucho cuando de ahí ha de resultarles honor: tiran y derrochan, si se trata de lucir y

⁴ Texto publicado en el *Boletín salesiano* de marzo de 1891.

de divertirse; en sus convites emulan las prodigalidades de Lúculo; pero jamás por puro amor del prójimo hacen limosna, o si la hacen es con mezquindad; su afecto a la Religión y a la Iglesia, encarnación viviente de ella, es de ordinario muy tibio: así es que no entran en el templo sino el día festivo; el sacerdote no pasa en sus palacios del dintel, y solo se honra y agasaja á los que llevan hábitos morados o rojos, es decir á los obispos y cardenales, por que se hallan ya a otra altura. Excepciones hay muy honrosas, nos complacemos en reconocerlo, de la regla común; pero desgraciadamente en el cuadro que hemos pintado ningún censor imparcial advertirá exageración. Esa aristocracia sin embargo tan olvidada como está de sus tradiciones cristianas, tan fría como aparece para lo que a la piedad se refiere, reivindica como suyo a san Francisco.

En efecto la casa de Sales es de las más antiguas de Saboya: altos dignatarios, esforzados capitanes y hábiles diplomáticos la hicieron ilustre, figurando entre sus representantes, Gerardo de Sales, gentil hombre del Rey de Borgoña Rodolfo III; Jordán y Juan de Sales, aquel señor de gran poder en el siglo XIV y este escudero de Luis XI. Respetabilísima y muy antigua era también la casa de Boisy a que pertenecía la señorita de Sionnaz, esposa más tarde del señor de Nouvelles, bravo militar que en repetidas funciones dio muestras de raro valor, así como acreditó singular habilidad en las negociaciones para el tratado de paz de Chateau-Cambresis, concluido entre los Reyes de Francia y España.

Estos dos insignes personajes, heredero el uno de la casa de Sales y de la de Boisy la otra, fueron los progenitores de san Francisco, quien por lo mismo pertenecía a la aristocracia de Saboya: no siendo su familia de esas, que empobrecidas se hundieron en la oscuridad, y solo conservan, como justificantes de su procedencia, antiguos blasones, sino de las que sostienen el lustro de su rango y disfrutaban de universal consideración. Sin embargo, preciso es decirlo. Francisco hacia poco caso de su nobilísima estirpe, y como si de ella se hubiese olvidado, jamás nombraba para alardear de grandeza a los hombres con quienes estaba enlazado por los vínculos de parentesco.

Las ciencias y las letras por su parte alegan derechos a la pertenencia de Francisco, y pretenden con más títulos que la aristocracia de la sangre, reivindicar por sí la gloria del preclaro siervo de Dios. Dotado estaba Francisco por la naturaleza de raras prendas, entre las cuales sobresalían un perspicacísimo ingenio, un juicio clarísimo, un gusto muy delicado y una imaginación fresca y lozana. Por su parte él cultivó estas dichas disposiciones naturales, dándose con alma, vida y corazón al estudio de las ciencias y las letras. Si a esto se añade que frecuentó las escuelas más célebres de su tiempo, como fueron las de París y Padua: que asistió á las lecciones de los maestros más eminentes, que a la sazón había, como Jacobo Sirmont, de quien aprendió la lengua y literatura griegas; Juan Francisco Suarez y Jerónimo Dandini, que le enseñaron la filosofía; el benedictino Genebrard, que lo instruyó en el hebreo y en la Escritura: y Guido Pancirolo, el famoso jurisconsulto, que le explicó la ciencia del derecho; y en fin, si se piensa que no perdonó diligencia ni esfuerzo para hacerse docto,

se vendrá en conocimiento de que en todos los ramos del saber hubo de salir consumado.

Hay en él además una cosa notable. De ordinario, aun en este siglo nuestro, en que tanta importancia se da á la forma, los hombres de ciencia se cuidan muy poco del estilo, y desaliñados, incorrectos y hasta poco castizos en el lenguaje, sus escritos cansan, cayéndose de las manos. Pero los de Francisco no son así: dotado el santo varón de una imaginación fecundísima, de una muy amena erudición y de una palabra fácil y elegante, cautiva en términos de que ordinariamente nos cuesta trabajo soltar sus libros. A eso se debe él que se le haya dado un lugar entre los clásicos franceses, que la Iglesia le haya conferido poco ha el título de Doctor, y en fin que se le haya nombrado especial protector de la prensa.

No, pues, sin alguna razón la ciencia y las letras proclaman suyo a san Francisco de Sales. Pero sale al encuentro de ellos el sacerdocio cristiano y dice: Mis derechos son preferentes a los vuestros; Francisco es mío. Y efectivamente, nada resalta tanto en Francisco como el sacerdocio. El es el centro en derredor del cual gira su vida entera; los dones de naturaleza y gracia, que le adornan, constituyen, por así decirlo, los arreos y los ornamentos de su sacerdocio. Su inocencia y candor de niño, su tierna piedad de adolescente, sus estudios de joven no son más que la preparación que al sacerdocio lo disponen, como sus trabajos posteriores el cultivo de esa incomparable gracia, merced a ellos en gran modo fructifica. Todo en Francisco es por el sacerdocio, y para el sacerdocio. Ora para que la oración a manera de riego fecundice tan excelente semilla. Lee y estudia para darle savia de doctrina. Escribe empujado por el celo sacerdotal. Predica estimulado por su caridad de sacerdote. Trabaja incansable porque sacerdote se cree operario de la viña del Señor y obligado a no estarse jamás ocioso: como sacerdote marcha siempre y como sacerdote muere. Alguna vez le hallamos en la corte, alternando con magnates, príncipes y reyes; pero no es el espíritu de vanidad el que a aquellos centros le lleva, sino el espíritu del sacerdocio: va a buscar aun allí no honras, no lauros, sino almas, la gloria de Dios.

Todo desaparece en Francisco ante el sacerdote: el hombre, el sabio, el literato.... Preguntadle cómo se llama, y no os dirá su nombre de familia sino: el Obispo de Ginebra. Preguntadle por su blasón, y os mostrará la cruz que lleva en el pecho. Preguntadle por los libros en que aprende lo más sublime y elevado de su ciencia, y con el dedo os indicará el Crucifijo. Preguntadle donde tiene sus amores y el nido de su descanso, y con el dedo os señalará el Corazón de Jesús.... Francisco es, todo él, sacerdote desde los pies a la cabeza, por dentro y por fuera, en el alma y en el cuerpo: es solo sacerdote, nada más que sacerdote: no lo busquéis para cosa que no tenga relación directa o por lo menos indirecta con el alma, porque no lo hallareis: aquel carácter tan dulce, tan benévolo, tan complaciente se levantará enérgico y os resistirá con fuerza: es sacerdote siempre, día y noche, en las horas de trabajo y en las de solaz; en medio del mundo y en el retiro de su gabinete. Francisco, concluyamos, es en toda ocasión y circunstancia el mismo: el Obispo de Ginebra, ni más, ni menos.

No son, como se ve, malas las razones en que el sacerdocio cristiano apoya sus reclamaciones acerca de la pertenencia de Francisco. Pero aun hay quien con fuerza grita: es mío y ese que esto dice es, ¿lo sabéis? el pueblo. Hemos hablado en otro lugar de la amistad, definiendo esa palabra amigo, que tan dulcemente suena en los oídos de todo aquel que sabe sentir. Séanos lícito volver al mismo tema, recordando frases de un hombre célebre, gloria de la humanidad y ornamento de la Iglesia Católica.

Jerónimo y Agustín, los dos esclarecidos maestros, no se conocían, ni se vieron jamás. Pero luego que el hijo de Mónica, ya convertido, regresó a la tierra natal, volvía los ojos, dice el abate Lagrange, hacia los monasterios de Paula, de donde salían tan admirables trabajos acerca de las santas Escrituras; y deseó vivamente visitar á Jerónimo, ya anciano y oprimido de dolores; mas su flaca salud no le permitía emprender peregrinación tan larga, por lo cual envió á Belén, a Alipio, su más tierno y fiel amigo. Con ocasión de este viaje, Agustín escribía a Jerónimo: No se conoce tan bien á aquellos, cuyo rostro se ve todos los días, como yo os conozco por vuestros escritos. Solo me falta para conocerlos todo entero haber visto lo que en realidad es la menor parte de vos mismo, vuestra persona. Y aun puedo afirmar que la conozco, porque Alipio la ha visto y Alipio es... yo mismo: él y yo somos uno solo, por la amistad a lo menos, pues por la virtud él me lleva gran ventaja.

¿No es hermoso este lenguaje? ¿No cautiva esa idea tan elevada que Agustín da de la amistad al pintar lo que Alipio era para él y él para Alipio? Concluyamos de aquí que cuando dos amigos se aman de veras bien puede decirse de ellos que el uno es del otro. En este sentido el pueblo puede apellidar suyo á Francisco de Sales, pues en efecto uno de los más hermosos títulos que decoran a este insigne santo es el de amigo.

Pastoral juvenil

Por los que se [nos] van “desencantados”. Algunas intuiciones para atender pastoralmente⁵

Luis Donaldo González Pacheco⁶

1. Introducción

Para nadie es un secreto que hoy, por diversos motivos, muchas personas se nos van de la Iglesia: «muchos se sienten *desencantados* y dejan de identificarse con la tradición católica» (EG, 70). Algunos se van por que quieren o por facilidad, otros por algún mal testimonio, otros porque no se sienten escuchados o acogidos, otros, incluso, por engaño. Si bien la gran mayoría de “los que se van” son laicos, también encontramos a seminaristas, religiosos y clérigos.

En cualquier caso, soy consciente de que son muchas las circunstancias, y aquí no nos vamos a detener en ellas. Lo que pretendemos, más bien, es rescatar algunas causas sencillas y significativas –que no son necesariamente las más escandalosas–. De modo que “escuchando” y “viendo”, hagamos un esfuerzo por entenderlas y que, de ellas, podamos sacar un aprendizaje. Matizo: no estoy apuntando a un “control de calidad” en el marco comercial “al cliente lo que pida”. No somos vendedores. Más bien, busco poner la mirada en que, analizando y discriminando casos y casos, caigamos en la cuenta de que muchas de estas personas y sus situaciones tienen *algo que decir[nos]*, y de ellas *algo tenemos que pensar, discernir y aprender*, para así atender y evitar.

2. ¿Secularización?

Lo más fácil y rápido en este tema es culpar a la *secularización* de que nuestros templos [ya] no estén llenos. Aunque es una palabra común en nuestros días, para algunos con tono doloroso y para otros con tono glorioso –dependiendo del contexto–, tengo la sensación de que cada uno se refiere a este fenómeno como mejor le acomoda: así, creo

⁵ Publicado en la revista *Razón y Fe*, 2020, tomo 282, nº 1448, pp. 323-334.

⁶ Estudiante de teología en Universidad Pontificia Comillas.

los primeros lo sienten como una carga o arrebató –nosiempre un fracaso–, mientras los segundos lo ven como un modo de liberarse –o hacer olvidar– de todo lo que huelo a Iglesia. Trabajando sobre este supuesto, de existir, ambas posturas tendrían sus responsabilidades en el siglo actual.

En cualquier caso, lo cierto es que la fe católica [ya] no está en auge y que la secularización es un fenómeno objetivo, con sus criterios y palpables consecuencias⁷. Sin embargo, esto *no quiere decir que las personas dejen de creer*, porque el ser humano tiende a la trascendencia –para eso está hecho–. Así, y aquí, nos vienen las preguntas: ¿dónde están?, ¿en qué creen? Y más hacia adentro: ¿estaban aquí?, ¿se han ido?, ¿las hemos dejado ir?

Aquí nuestra reflexión tiene un punto alto: preguntarnos el *abandono de la Iglesia por parte de los fieles* nos lleva, por un lado, a pensar causas externas, pero, por otro, aunque menos frecuente, a buscarlas causas internas, en las cuales, muchos –refiriéndome a los agentes de pastoral– tenemos algo que ver. Esto sería invertir la cuestión y preguntarnos por la causa del *abandono de los fieles por parte de la Iglesia*.

3. De camino a Dios

Es un tema tan amplio y complejo que tenemos que partir de algo común. Por eso remarcamos que *el ser humano está creado para la Trascendencia*, y que por ello “es capaz de conocer y amar a su Creador” (GS 12). Este principio, aunque no todos lo digerimos de igual manera, nos deja ver por qué el ser humano se cuestiona y *busca su propio sentido*, y que, al no encontrar[se] respuesta en sí mismo –ya que lo infinito no se contiene en lo finito–, con acierto *busca a Dios*. El único que puede revelarle el sentido de su existencia (Cf. GS 22).

Ahora bien, como ya dijimos, no todos procesamos ni progresamos en esto –y en casi nada– de la misma manera. Cada uno tiene su tiempo y su momento. De manera que, recordando que “el Espíritu sopla donde quiere” y como quiere (Jn 3,8), tenemos que reconocer y respetar el proceso y progreso de fe de cada creyente. Así, siguiendo al jesuita norteamericano James Martin⁸, podremos reconocer que las personas nos encontramos con Dios de diferentes maneras. Él lo llama “caminos”: a) *el camino de la fe*, por él circulan los que ya están inmersos en la religiosidad –muchos desde pequeños–, lo que les permite moverse en ella con cierta familiaridad; b) *el camino de la*

⁷ “El proceso de secularización tiende a reducir la fe y la Iglesia al ámbito de lo privado y de lo íntimo. Además, al *negar toda trascendencia*, ha producido una creciente *deformación ética*, un *debilitamiento del sentido del pecado personal y social* y un progresivo aumento del *relativismo*, que ocasionan una *desorientación generalizada*, especialmente en la etapa de la adolescencia y la juventud, tan vulnerable a los cambios” (EG, 64). [La cursiva es mía].

⁸ Cf. J. MARTIN, *Más en las obras que en las palabras*, Sal Terrae, Santander 2011, 36-49.

independencia, por el cual se separa de la religión organizada –jerárquica– pero siguen creyendo en Dios (“Dios sí, Iglesia no”); c) *el camino de la increencia*, que pretende racionalizar y entender a Dios; d) *el camino de regreso*, que, después de haberse alejado, pretenden reeducarse para volver a tener una experiencia con Dios –ya sea porque se sienten necesitados, cuestionados, etc.–; e) *el camino de la exploración*, que pretende buscar a Dios en diferentes sitios, modos y tradiciones; f) *el camino de la confusión*, es el de los que no abandonaron del todo la fe, pero que no la viven bien, ni como quisieran, ni como creen deberían.

4. ¿Qué es lo que “desencanta”?

Como el lector ya habrá intuido, es momento de centrarnos en *los que se nos van desencantados* y que ahora van por el *camino de la independencia*. Es decir, los que por diversas razones se han dejado de identificar con el catolicismo, o con su jerarquía. Sobrevolado el tema de la secularización (si se quiere de los factores *ad extra*) ya que no es lo que buscamos, centrémonos en lo que parece más *ad intra*, aquello de lo que al inicio decíamos que tenemos que ver más los agentes de pastoral. Lo pienso de esta manera:

El “antitestimonio”

Ser *testigos* es una de las tareas que el cristiano tiene por el bautismo y la confirmación (Cf. LG 11). Así, por un lado, tenemos que reconocer el aspecto más teológico (*martirya*), y por otro, lo que popularmente se entiende por testimonio, que responde más a la vinculación del “ámense los unos a los otros como yo los he amado” (Jn 13,34), con la solicitud y la defensa por los más desprotegidos, la amabilidad y la cordialidad, entre otros elementos. Así, cuando esto falla hay decepción. Claro está que en grados distintos y proporcional: no es lo mismo el “antitestimonio” de un fiel de misa dominical, el catequista, el religioso o el ministro ordenado⁹ (sin olvidar que depende del qué de la cuestión).

La no disponibilidad a escuchar, discernir y atender

No es difícil encontrar personas que se han sentido y han sido ignoradas, olvidadas o rechazadas en alguna parroquia, movimiento, grupo. En resumen, por la Iglesia. No me refiero solo a aquel que por no conseguir lo que desea recurre al escándalo. Aquí me

⁹ El *antitestimonio* nos hace sentir “dolor y vergüenza” (EG, 76). Sin embargo, es preciso reconocer que aquí se siente mucho más la distinción entre clérigo y laico. Cuando el pastor falla, y falla seriamente, es más doloroso para –toda– la Iglesia.

gustaría destacar la situación de aquellos que, viviendo una fe coherente, y, si se quiere, un ministerio, se han sentido “no escuchados”, ya sea por su párroco, o incluso su obispo. Hombres y mujeres que con amor a la Iglesia y profundos deseos de trabajar por el Reino se ven frenados agresivamente –sin discernimiento–, sin más explicación que el “ahora no”, “no tengo tiempo”, “no me interesa”, muchas veces reflejo de pereza, inseguridad o falta de compromiso de los agentes de pastoral –muchas veces clérigos–.

Poca apertura o miedo a la diversidad

Es cierto que mediática y frecuentemente se tacha a la Iglesia de cerrada, retrógrada y de poco actual. Se la pinta como “la mónada”. Creo que esto no siempre hace justicia. Pero también creo que tiene algo de verdad, especialmente cuando detrás de estas acusaciones hay dolor, un profundo sentimiento de rechazo, falta de comunicación y cordialidad¹⁰.

La falta de formación

Hay otro sector de los fieles que se van porque intuyen que la Iglesia no está en la verdad, o que no la dice toda. Bajo este presupuesto puede haber dos modos: primero, los que Martín sitúa en *el camino de la increencia*, segundo, los que descubren que la Iglesia “no sigue” y “no conoce” las Escrituras, sino que las ha tergiversado a su conveniencia. Muchos de los fieles del segundo grupo, a veces engañados por comunidades eclesiales o sectas, se van buscando la verdad, enojados con la Iglesia que “les ha visto la cara”. En el fondo, muchos de ellos, se van enojados con su propia noción de Iglesia, la que más o menos vieron, la que sale en los medios, la que les enseñaron de pequeños. Una Iglesia que no es propiamente la Iglesia de Jesucristo, sino un constructo personal (a veces exagerado y distorsionado por terceros). Lo que queda claro es que estaban en la Iglesia, pero no la conocían. Esto, sin embargo, no siempre es del todo su “culpa”.

Recogiendo estos cuatro aspectos, advertimos: el *desencanto* no es un juego. Trae consigo tristeza y decepción. En último término, confusión, falta de confianza y credibilidad.

¹⁰ Si evitamos generalizar, evitaremos creer que todas las comunidades LGTBI+, todos los curas “progres”, todos los grupos feministas, todos los curas diocesanos, todos los religiosos, o, en definitiva, todos los que no piensan como yo, no tienen nada que aportar, ni que decir. “Cuando salvamos las distancias y comprendemos cada historia personal, solemos ser mucho más humanos”: J. M. RODRÍGUEZ OLAIZOLA, *En tierra de todos*, Sal Terrae, Santander 2019, 212.

5. Ver hacia adentro

Sostengo nuevamente: en la Iglesia no buscamos “dar al cliente lo que pida”, sino anunciar “el amor personal de Dios que se hizo hombre, se entregó por nosotros y está vivo ofreciendo su salvación y su amistad” (EG 128), es decir, a Jesucristo. Sin embargo, esto tiene que decirse de modo amable, claro y certero. Para esta comunicación es imprescindible, por un lado, tener en cuenta lo que la Iglesia es y quien la compone, y, por otro, lo que gritan los “signos de los tiempos” (cf. GS 4). Nos referimos aquí a lo que en teología pastoral se llama función *reflexiva*, que estudia los principios, la acción y el camino de la vida de la Iglesia¹¹. Hagamos un sintético esfuerzo:

Lo que la Iglesia es

La Iglesia no son solo curas. Tampoco solo templos. La Iglesia tiene rostros, instituciones, historia, obras, enseñanza, más un largo etcétera que también incluye errores y pecados. Todo ello hace a la Iglesia “una, santa, católica y apostólica”. Ahora bien, aunque desde hace siglos lo rezamos en el Credo, me parece adecuado recurrir aquí a otro modo de definición de la Iglesia de acuerdo con su actividad. En tierra de todos lo describe sencillamente: “La Iglesia es comunidad (*koinonía*), es servicio (*diakonía*), es celebración (*leitourgía*) y es testimonio (*martyría*)”¹². Apuntemos sintéticamente:

Que la Iglesia es comunidad es reconocer que dentro de la unidad hay diversidad. De un término a otro tiene que mediar la fe, el respeto, la caridad y el discernimiento. Recordemos que el Espíritu suscita diferentes carismas “para renovar y edificar la Iglesia” (EG, 130): “Existen carismas diversos, pero un mismo Espíritu” (1Co 12,4). Ahora bien, es cierto que no todo conviene. Como en una familia, también es preciso el discernimiento, que no se opone ni ataca al sentido de pertenencia. La Iglesia es una madre con muchos y muy diversos hijos, a los que ama y procura.

Ahora bien, en esta gran familia se está atento a las necesidades del otro, también del alejado, del distinto (o del que se siente así). En esta comunidad se ejerce el servicio y se trabaja por una sociedad mucho más humana, justa y libre. Nos referimos al servicio de los que nos necesitan, los que son y se sienten olvidados y excluidos, los que viven en las periferias existenciales. Este no es otro que el servicio del amor: el que lava los pies (Jn 13), el que exhorta y auténticamente ayuda con lo necesario para vivir (cf. St 2,15-18), el que ve en el otro al mismo Señor Jesús sin importar raza, credo o condición (cf. Mt 25,35-45).

¹¹ Cf. P. GUERRERO, “Teología Pastoral: idea, palabra, acción”, en *Sal Terrae* 100 (2012), 745.

¹² RODRÍGUEZ, *op. cit.*, 133; CTI, *El cristianismo y las religiones*, n. 75: “La Iglesia lleva a cabo su misión como sacramento universal de salvación en la *martyria*, *leiturgia* y *diakonia*”.

Esta *comunidad que sirve* es la misma que *se reúne en torno a la mesa*, donde celebra, comparte y se alimenta del Pan y la Palabra, su más grande tesoro: “la Liturgia es la cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia y al mismo tiempo la fuente de donde mana toda su fuerza” (SC, 10). En la celebración y la vida de la Iglesia, cada uno a su modo y sus dones, participa activamente de la vida de la comunidad eclesial (cf. LG, 11 y 30).

Esto se nota y se hace notar. La tarea del bautizado es “esparcir el buen olor de Cristo” en todo lugar y en todo tiempo. Sin avergonzarse y sin titubear. Con honestidad y valentía en cada familia, grupo o estructura social, parroquia, congregación religiosa o diócesis. El *testimonio* es *dentro y fuera*, de lo contrario, no tiene sentido.

Los signos de los tiempos

Hablar de signos de los tiempos es hablar de muchas cosas¹³. Por eso, no podemos hacerlo aquí. Sin embargo, aunque hay cosas generales a las que nos podemos referir¹⁴, prefiero detenerme en lo que GS pide desde sus primeras líneas: “Es necesario por ello *conocer y comprender el mundo* en que vivimos, sus esperanzas, sus aspiraciones y el sesgo dramático que con frecuencia le caracteriza” (GS 4). Sin duda, esto es lo que Juan XXIII pretendía con el *aggiornamento*, o lo que Pablo VI buscaba con el *diálogo*. Es, por decirlo pronto, que la Iglesia no tenga miedo de conocer lo que las sociedades viven y, a la vez, darse a conocer a ellas. Recordemos que nuestro mundo también incluye a nuestra Iglesia.

6. Combatir lo que desencanta

Habiendo expuesto sintéticamente nuestro punto y las bases –si se quiere– teóricas que lo sostienen... ¿Qué decir ante las cuatro realidades “desencantadoras” que hemos presentado? Aquí una palabra siguiendo el mismo esquema:

1. Nunca podremos acabar con lo que popularmente se puede entender por *antitestimonio*. Sin embargo, los agentes de pastoral sí que lo podemos combatir con acciones pequeñas y sencillas que permeen los ambientes pastorales: primero, la *coherencia entre lo que anunciamos y hacemos*; segundo, la *cordialidad y*

¹³ S. PIÉ-NINOT, *Introducción a la Eclesiología*, EVD, Navarra 2011, 25: “‘Signos de los tiempos’ no es sinónimo de ‘reto’ en el sentido negativo (problema que solucionar), de lo contrario nos moveríamos en el esquema ya superado *Iglesia, sociedad perfecta* que se enfrenta a la mundanidad. Hoy el enfoque es otro más bíblico, de raíz litúrgica, de visión misionera, ecuménica e histórica, el de la Iglesia como *sacramentum salutis*”.

¹⁴ Los más evidentes podrían ser: globalización, crisis socioambiental, secularización, migración, medios de comunicación masivos y sociedad líquida. Todo ello repercute en la Iglesia y en su misión.

la *amabilidad* son elementos que no pueden faltar en nuestro contacto personal: “el ABC de la pastoral es un saludo y una sonrisa”¹⁵. Atención: esto en ningún caso puede ser falsearla actitud, repito, no somos vendedores. Es recordar que la Buena Noticia siempre se transmite con autenticidad y alegría¹⁶: “hacer una presentación de la fe *amable*, desde la amabilidad y el aprecio a los destinatarios”¹⁷. La lectura que hacemos de la realidad tiene mucho que ver con el cómo se presenta.

2. La Iglesia es Madre. Y una madre siempre procura a sus hijos. Por tanto, les *escucha*, les *abraz*a, les *alimenta*. Una madre no escatima tiempos, lugares o esfuerzos para *estar* con sus hijos, para corregirlos, sanarlos o alentarlos. Los agentes de pastoral somos casi siempre rostro de la Iglesia. Es por eso por lo que, aunque los hijos a veces parezcamos exigir demasiado, no podemos cerrarnos. No hace justicia al ser de la Iglesia cortar las alas de quien quiere aprender a volar, o cerrar las puertas al que ya vuela...o a quien se pierde o parece perdido. ¿Dónde está si no la misericordia? ¿Dónde está si no la “Iglesia en salida”? Una cosa es salvaguardar el depósito de la fe y la sana doctrina y otra es enmarcar los carismas del pueblo en nuestros propios esquemas, horarios, documentos, miedos. Lo primero es la misión de la Iglesia, lo segundo puede ser inseguridad, pereza, clericalismo. Mejor una Iglesia accidentada (EG 49).
3. La unidad no es sinónimo de uniformidad, sin embargo, sí que incluye caridad, respeto y valentía. Me explico: cierto es que “no todo edifica” (1 Co 10,23b), sin embargo, tampoco todo lo nuevo viene del maligno. Pastoralmente, enfrentarnos a lo diverso implica un acto de *escucha*, *contacto* real y *discernimiento*, “discernimiento amoroso”¹⁸. Sobre todo, cuando se tiene en cuenta que más que los grupos o movimientos que pueden brotar, somos las personas (individualmente) las que somos, todas, diversas. Por eso es importante *evitar* generalizar, etiquetar o categorizar a las personas y sus sensibilidades. La masificación nos cosifica. Lo que tenemos que hacer es seguir el ejemplo del Señor que toca sin miedo a los leprosos (Mt 8,3). Es decir, aplicar a toda la vida pastoral lo que la Iglesia pide hoy respecto de las situaciones canónicamente irregulares: “discernimiento *personal* y *pastoral* de los casos particulares” (AL 300)¹⁹. Esto es lo que evitará que el otro se sienta ignorado,

¹⁵ R. CABRERA LÓPEZ, en: *Església Arxidiocesana de Barcelona* (01-12-14), <https://esglesia.barcelona/es/actualitat/monsrogelio-cabrera-el-abc-de-la-pastoral-es-un-saludo-y-una-sonrisa/>

¹⁶ Noción que el papa Francisco recogió de Pablo VI y nos pide en nombre de la Iglesia: EG 10.

¹⁷ “Por lo tanto, sin arrogancia, aires de superioridad y sin reproches”: G. URÍBARRI, *Teología de ojos abiertos*, Sal Terrae, Santander 2018, 104 y 139.

¹⁸ *Ibid.*, 47.

¹⁹ Bajar la rigidez evita el fariseísmo. La amabilidad posibilita la construcción de puentes y el diálogo.

rechazado, en muchos casos incomprendido, y en último término, “desencantado”.

4. Conocer y perseverar en la fe es un derecho de todo bautizado (cf. CIC, can. 213). Como se puede intuir, esto implica un deber que atañe directamente a los pastores. Sin embargo, tenemos una realidad distinta: por un lado, el desconocimiento de la fe por parte de los laicos; por otro, la falta de actualización teológica en muchos pastores. Sin reducir todo a esto, hay una situación palpable: la fe de la Iglesia no es del todo conocida por sus fieles. En síntesis, nos hace falta una intención de formación seria²⁰ para ayudarnos “a crecer en la vida y doctrina cristiana en una situación histórica, social y cultural determinada”²¹. Esto, por un lado, implica para los pastores salir de sí mismos, por otro, motivar a los fieles a conocer la fe real, que los domingos profesan en comunidad. Hablar con claridad genera seguridad y certeza. No deja lugar ni al “desencanto” ni a los engaños que se nos cuecen gracias a una fe que se sostiene con “pincitas”.

Claro está que esto tiene que ser progresivo y adecuado para cada realidad. Sin embargo, sí que creo que tiene que repercutir especialmente en nuestros agentes de pastoral (sobre todo de laicos). Solo así trabajaremos con una pastoral en conjunto, “desclericalizada”, y superaremos la absurda idea de que la *teología* es solo para curas. En la Iglesia, todos compartimos la misión de hacer discípulos a todos los pueblos (Mt 28,19), por tanto, “todos estamos llamados a crecer como evangelizadores” (EG, 121).

7. Conclusión

La fe de las personas no se fuerza. La libertad es un requisito constitutivo de la fe, y, por serlo, los pastores no pueden tener a nadie atado ni condicionado a creer. Sin embargo, lo que sí toca a los pastores es *procurar* y *cuidar* la fe del pueblo que se les ha encomendado, así tenga que caminar delante, en medio o detrás del pueblo (cf. EG, 31). Esto incluye: por un lado, a los que se salen de lo ordinario, a los que sueñan, a los que se caen y se levantan. Los que piensan diferente o tienen necesidades distintas a las normales. A aquellos que parecen superarnos.

Recordemos: el pastor es pastor de todos. Hace presente a Cristo para todos y actúa en nombre de la Iglesia para todos; y, por otro, lo que Juan XXIII pretendía con un “magisterio predominantemente pastoral” que, fiel a la doctrina y teniendo en cuenta

²⁰ Prefiero hablar de intención de formación que de una “pastoral de formación”, que en muchos lugares existe, pero que se puede reducir a una lectura juricista y memorización del catecismo o los preceptos morales. Con intención pastoral de formación apunto a una catequesis continua y real, en ningún caso al adoctrinamiento.

²¹ G. URÍBARRI, *op. cit.*, 44.

al interlocutor, *presenta la fe en Jesucristo de modo real y no diluida*, es decir, sin “prescindir de las exigencias de verdad y de caridad del Evangelio propuesto por la Iglesia” (AL 300), pero con actitud dialogante y paciente frente al otro: no es una fe a la carta, pero tampoco una fe rígida y cerrada.

Es por esto por lo que, para finalizar esta reflexión, sin grandes pretensiones, pero tampoco ingenuamente, invitamos al lector a tres cosas:

1. Primero, no dejar de lado los detalles que, como hemos señalado, desencantan, confunden o hacen que los fieles “se nos vayan”: saludar, sonreír, acoger, escuchar, atender. Recordemos que ser pastores del rebaño no es ser sus dueños. Por tanto, es tarea propia *conducir* y *cuidar* al pueblo que sí pertenece a Dios.
2. Segundo, por la misma razón, no podemos permitirnos pensar que son los fieles los que tienen *siempre* que ir a los pastores. Recordemos que también el pastor, por ser rostro de la Iglesia –y sobre todo de la misericordia–, ha de salir en búsqueda de aquel que no parece estar en el redil (cf. Lc 15,4). Por tanto, una actitud de indiferencia ante el que “no [nos] busca”, “ya no viene” o “se ha ido”, siempre sobra.
3. Tercero, a recordar que “dar la vida por las ovejas” (Jn 10,11) también implica tiempo, paciencia, energía, trabajo, reflexión, caridad... Incluso “abandonar el cómodo criterio pastoral del ‘siempre se ha hecho así’” (EG 33a) o la extrema rigidez, para *tocar* y *escuchar* lo más diverso, así, después, discernirlo con la Iglesia, y, buscando la asistencia del Espíritu, repensar las estructuras, los modos y medios de la Evangelización (EG 33b). Esto, sin duda, no es sencillo, ya que implica ser valientes y pacientes, desapropiarnos del protagonismo, de las seguridades o las comodidades. Es dar un paso valiente a “romper los esquemas aburridos” en los cuales pretendemos encerrar la fe de la Iglesia, para que, mirando a Jesucristo, nos descubra “nuevos caminos, métodos creativos, otras formas de expresión, signos más elocuentes, palabras cargadas de renovado significado para el mundo actual” (EG 11). Ciertamente esto es tarea de toda la Iglesia, pero son los pastores los que con mayor responsabilidad (y posibilidad) pueden ser agentes de valentía, y ejemplos de fe.

Finalmente, me gustaría añadir una última intuición extraída de EG 12: para que a nosotros, agentes de pastoral, no nos atrape el “desencanto”, no podemos olvidarnos que, ante todo, tenemos que *ser hombres y mujeres de fe*, que crean firmemente en el Señor, y a su vez, que es Él quien [nos] “*inspira, provoca, orienta y acompaña* de mil maneras”, personal y pastoralmente. Solo así nos crearemos que la iniciativa siempre es de Dios, y que, por ende, es Él mismo quien la sostiene: “esta convicción nos permite conservar la alegría en medio de una tarea tan exigente y desafiante que toma nuestra vida por entero”. Solo así, se llega a ser evangelizador al estilo del Buen Pastor: “No nos dejemos robar el entusiasmo misionero” (EG, 80).

Estimado lector, no hemos descubierto “nada nuevo bajo el sol” (Qo 1,9). Hemos recogido nociones muy básicas para que, desde la sencillez y la autenticidad, el pueblo de Dios no se [nos] vaya “desencantado”.

El más difícil vivir Comprometidos en el alivio del sufrimiento y el cuidado de la vida²²

Instituciones religiosas dedicadas a la asistencia sanitaria que ofrecemos a la sociedad un compromiso constante y fehaciente, desde siempre, con el cuidado de las personas en el periodo final de su vida o de aquellas personas con graves discapacidades y limitaciones funcionales, ante la promulgación de una Ley de Eutanasia en España,

Constatamos:

- Que la vida es un bien y un valor fundamental sobre el que se sustenta la persona, por lo que su respeto es imprescindible para hacer posible una convivencia social en paz. Nadie está legitimado moralmente a suprimir o provocar la muerte de un semejante.
- Que la vida humana tiene sus límites, tanto temporal como en cuanto a las condiciones concretas en las que se desarrolla.
- Que la sociedad, a través de la solidaridad, puede hacer posible que personas con vidas frágiles o muy limitadas se encuentren integradas y acogidas en el entorno social y familiar cercano, logrando una experiencia de confort vital adecuado para vivirla con esperanza. Para esto son necesarias actitudes de compromiso interpersonal solidario con los enfermos y personas discapacitadas, y recursos suficientes sanitarios y sociales que hagan posible el afrontamiento efectivo de estas situaciones.
- Que, si no se da un soporte social, y también sanitario, efectivos, el dolor y el sufrimiento que a veces se presenta en situaciones de final de la vida o de situaciones de dependencia graves y muy limitantes, pueden generar desesperanza y deseos de no vivir en unas condiciones que a veces pueden llegar a ser muy penosas. Es posible que, sin ayuda, -y, en parte, por el abandono social- se origine un desequilibrio entre

²² Manifiesto de la Jornada de Religiosos sanitarios ante la ley de la eutanasia (23 de junio de 2021).

las fuerzas interiores de la persona y las cargas que la enfermedad o discapacidad le imponen.

- Que el dolor y la muerte, de hecho, no pueden ser los criterios últimos que midan la dignidad humana, ya que esta dignidad es propia de cada persona, por el solo hecho de ser un “ser humano” y no debería estar sujeta a condiciones subjetivas atribuidas por la propia persona ni por su entorno.

- Que el respeto a la dignidad humana, exige no dañar la vida ni la integridad personal y, por el contrario, exige promover y cuidar la vida, actuando para aliviar el sufrimiento y para conseguir la aspiración de que cualquier vida humana se desarrolle plena-mente, hasta donde sea posible, aunque las condiciones que se presenten lo hagan un logro difícil o complejo.

Declaramos:

- Que acelerar la muerte ya sea por acción o por omisión de tratamientos y cuidados debidos a cualquier persona al final de su vida o en situación de grave discapacidad, nos parece un daño irreparable que no estamos dispuestos a infligir a nadie.

- Que facilitar una acción suicida o una actuación homicida, aunque esta actuación sea solicitada y aceptada por el propio interesado, es un error porque supone un desprecio por la dignidad humana, ya que suprime a la persona a manos de otras personas.

- Que es necesario ayudar de un modo proactivo, efectivo y comprometido a los enfermos a afrontar el impacto que la enfermedad incurable o la discapacidad insuperable, produce, para que su vida humana y la capacidad de vivirla felizmente, predomine y no quede anulada por su estado de salud. Para ello, en la realidad del final de la vida o ante enfermedades incurables, se debe prestar gran atención al respeto de la voluntad del paciente (voluntades anticipadas de tratamiento), al respeto a la vida del paciente y al acompañamiento al final de la existencia, a través de programas como los cuidados paliativos o similares.

Ofrecemos:

- Nuestra hospitalidad, nuestra capacidad de acompañamiento y cuidado de la persona enferma en las fases terminales de la vida de manera que se le ayude respetando y promoviendo siempre su inalienable dignidad humana, su llamada a la trascendencia y, por tanto, el valor supremo de su misma existencia.

- Nuestro compromiso con la humanización del cuidado de la vida de las personas sin pretender alargarla, cuando ya llega la inevitable hora de la muerte, y sin provocarla

o acortarla irresponsablemente. Nuestro acompañamiento integral, que ayude a vivir el propio proceso de morir intentando aliviar el sufrimiento desde todas las dimensiones del ser humano. En este contexto, la sedación paliativa correctamente indicada, cuando no son efectivas otras medidas, y administrada previo consentimiento del paciente, respeta y humaniza el proceso del final de la vida mitigando el sufrimiento intenso e incoercible.

- Nuestro firme compromiso profesional y espiritual para aliviar y superar el sufrimiento y la desesperanza que podemos encontrar en las personas que atendemos, a fin de que encuentren la paz y la esperanza, para que hallen el alivio y un motivo para seguir adelante, aunque sea cuando el vivir se hace más difícil.

Educación

El mundo invisible y la educación del espíritu²³

David Luque²⁴

1. Introducción

En el contexto de la filosofía de la educación, la discusión sobre la educación del espíritu adquirió un nuevo relieve como consecuencia de una nueva legislación educativa en Inglaterra en la que, en virtud del desarrollo integral de los estudiantes, se pedía a todas las instituciones educativas que atendieran el desarrollo del espíritu en sus aulas. Antes –más en el ámbito psicológico que en el filosófico–, ya se había producido un rico y polémico debate sobre aquello que Howard Gardner llamó “inteligencia espiritual” como una más de sus inteligencias múltiples, y que terminó retirando por diversas razones. Aunque con matices distintos, lo cierto es que también esta nueva demanda emanada del Parlamento británico fue recogida por la comunidad pedagógica con división de opiniones. Quienes ya se encontraban estudiando esta dimensión vieron que sus esfuerzos académicos habían dado frutos y quienes recelaban de cualquier matiz trascendente entendieron que había una injerencia religiosa en el ordenamiento público de la educación, y debieron esforzarse en comprender cómo sería esa educación pensada al margen de lo religioso. Con todo, no parece que ni unos ni otros hayan llegado a una conclusión clara sobre lo que debería ser la educación del espíritu.

Aunque esta discusión se desarrolla principalmente en el contexto anglosajón, y por lo tanto es necesario advertir la influencia del anglicanismo en el espíritu de esta ley educativa, lo cierto es que toca temas que afectan a la naturaleza más profunda del fenómeno educativo, y en ese sentido se puede decir que no debería ser una discusión ajena a la filosofía educativa de otros países como el nuestro. Pero la verdad es que lo es. En nuestro país, este vacío podría atribuirse a que se asocia a la educación religiosa y esta se ha movido en el terreno de la politización y la judicialización durante todo el periodo democrático, lo que además me parece que ha impedido el desarrollo de una discusión rica y profunda sobre la forma y los desarrollos que debería adquirir.

²³ Artículo publicado en ‘Razón y Fe’, 2021, tomo 283, nº 1449, pp. 65-76.

²⁴ Universidad Rey Juan Carlos (Madrid).

Basta estudiar con cuidado las revistas pedagógicas más importantes de nuestro país para constatar que apenas hay estudios que intenten articular una teoría de la educación religiosa que discierna sus posibles consecuencias en la vida práctica de las aulas. Aunque la educación del espíritu no tiene por qué asociarse exclusivamente a la educación religiosa, aquí, en este artículo, me gustaría abordar esos dos vacíos, es decir, la forma que podría tener una educación del espíritu para imaginar un tipo de educación religiosa.

Para ello, voy a intentar articular la idea del “mundo invisible”. Casualmente, es un concepto que estudiaron de forma específica John Henry Newman y Pável Florensky, cuya importancia no es necesario subrayar al lector: Newman fue uno de los mayores protagonistas del Movimiento de Oxford e influyó fuertemente en algunas de las decisiones más importantes del Concilio Vaticano II mientras que Florensky escribió una de las investigaciones más originales que existen sobre Trinidad y fue ejecutado luego de diez años confinado en un campo de concentración soviético. Sin conocerse entre sí, ambos coincidieron en justificar su interés por el mundo invisible por cuanto es un artículo de fe que confesamos en el credo niceno. “Creo en un solo Dios, Padre Todopoderoso”, oramos, “creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible”. Así, dividiré el artículo en tres partes, que proporcionarán los datos básicos sobre la discusión de la educación del espíritu, la fisonomía del mundo invisible en los pensamientos de Newman y Florensky, y unas últimas deducciones de carácter pedagógico que harán también las veces de cierre conclusivo.

Ahora bien, antes de comenzar es necesario realizar dos precisiones de carácter epistemológico, que retomaré ya en el último punto del artículo y que a la postre refuerzan una misma idea. Como he dicho, cuando estudio la educación del espíritu aquí lo hago en la relación que mantiene con la educación religiosa, entre otras cosas porque las premisas del argumento brotan de teologías que estudian la noción del “mundo invisible”, que es parte de una confesión de fe, y por tanto las deducciones lógicas se mueven necesariamente en ese ámbito. En este sentido, y esta es la segunda precisión, la educación del espíritu puede contener la educación religiosa y darle forma del mismo modo que la desborda y la excede a partes iguales porque supone también la capacidad de cualquier persona para saber escuchar a Bach, y deleitarse con la Sinfonía n.º 3 de Henryk Górecki, para ser capaz de penetrar hoy en la mente de Don Quijote, dejándose empapar por su sed ingenua de justicia, o para abnegarse en el cuidado de los enfermos que lo necesitan, aun a riesgo de contraer cualquier posible enfermedad. Ya digo que me centraré exclusivamente en la íntima relación que mantienen la educación del espíritu y la educación religiosa desde la idea frontal del “mundo invisible”, pero el lector debe saber que hay otras vías para entender la educación del espíritu en el contexto de una discusión pública que no trataré en este espacio. Comencemos.

2. Los principales hallazgos pedagógicos en torno a la educación del espíritu

Una breve introducción a los principales núcleos argumentales sobre la educación del espíritu obliga a moverse en dos grupos de investigaciones. Uno primero, yo diría que de naturaleza antropológico-psicológica, y otro más, donde se encuentran las discusiones de naturaleza filosófico-educativa.

El primer núcleo de discusiones ha partido de la hipótesis de que, aunque es difícil definir qué es el espíritu, parece indudable que existe una dimensión antropológica que mueve a los seres humanos internamente y les concede cualidades especiales que no comparten de una forma tan refinada con el resto de las criaturas. Si esto es así, entonces, estas investigaciones han aventurado algunas conclusiones interesantes. Han entendido que el elemento fundamental del desarrollo del espíritu en la infancia y la juventud es la capacidad especial que se tiene para establecer relaciones significativas con la realidad que les rodea, es decir, con la naturaleza, las personas que están en el entorno más próximo y Dios. Esas relaciones aparecerían como sobrenaturalizadas. Porque toda realidad natural aparece rodeada del asombro y la maravilla que suscitan, y las personas cercanas originan relaciones tan íntimas y profundas que marcan incluso el carácter de los jóvenes. Quedaría Dios mismo, que aparecería de forma espontánea como una realidad incuestionada hasta la adolescencia, donde emerge una búsqueda de sentido más intensa²⁵.

En el ámbito de la filosofía de la educación, se ha intentado comprender más el sentido y la forma que debería tener una educación del espíritu para poderla articular en el contexto de una teoría curricular o una visión institucional.

Me parece que hay tres aportaciones que destacar aquí. La primera es la del profesor David Carr, que escribe desde una perspectiva cristiana. Sostiene que la educación del espíritu se relaciona con fines que son sobrenaturales y, en virtud de esta apreciación teleológica, sería necesario cultivar las destrezas intelectuales y morales que permiten una comprensión y actitud de esos valores más elevados²⁶. Por su parte, Michael Hand, que escribe desde un cierto agnosticismo, entiende que la educación del espíritu debería consistir en formar el corazón para hacerlo más sensible al mundo que rodea a los estudiantes²⁷. Finalmente, Hanan A. Alexander, en el marco de una filosofía semítica,

²⁵ Cf. K. ADAMS. – R. BULL, M. – L MAYNES, “Early childhood spirituality in education: Towards an understanding of the distinctive features of young children’s spirituality”, *European Early Childhood Education Research Journal* 24/5 (2015) 760–774; L. JONES, “What Does Spirituality in Education Mean?” *Journal of College and Character* 6/7 (2005); R. WILLS, “Beyond relation: A critical exploration of ‘relational consciousness’ for spiritual education”, *International Journal of Children’s Spirituality* 17/1 (2012), 51-60; A. SCHINKEL, “Wonder and Moral Education”, *Educational Theory* 68/1 (2018), 31-48; C. KILCUP, “Secret wisdom”, *Gifted Education International* 32/3 (2016), 242-257.

²⁶ Cf. D. CARR, “Towards a Distinctive Conception of Spiritual Education”, *Oxford Review of Education* 21/1 (1995), 83-98.

²⁷ Cf. M. HAND, “The Meaning of ‘Spiritual Education’”, *Oxford Review of Education* 29/3 (2003) 391-

entiende que la educación del espíritu es la búsqueda intelectual crítica de un tipo de bondad superior, que termine conformando la vida ética de una persona, para lo que sería necesario formarse en comunidades educativas que pertenecen a tradiciones determinadas²⁸.

En fin, me parece que se pueden extraer dos conclusiones de los argumentos desarrollados hasta aquí. Que el desarrollo del espíritu se expresa en la transformación de las relaciones que las personas mantienen con su entorno en su vida cotidiana. Y que debería orientarse a hacer pedagógicamente explícitos esos valores trascendentes para formarlos de un modo que todavía no se ha llegado a comprender. Sobre ambos discursos parece sobrevolar la realidad de un mundo invisible.

3. Los mundos invisibles de san John Henry Newman y Pável Florensky

Como dije, estudiaré la idea de mundo invisible a partir de algunos escritos de Newman y Florensky. Los escritos del santo proceden de los volúmenes tercero y cuarto de la colección de *Parrochialand Plain Sermons*, a excepción de *Invisible Presence of Christ*, cuyo texto se encuentra en *Sermons on Subjects of the Day*²⁹. Los del mártir ortodoxo están contenidos mayoritariamente en su libro *El Iconostasio*, aunque algunas ideas también aparecen en *La Columna y el fundamento de la verdad*.

San John Henry Newman y la vida interna del mundo visible

El mundo invisible que pareció entrever Newman podía percibirse no a través de los sentidos, sino sólo por la fe. En base a esta vía de acceso, el cardenal intentó articular una explicación.

Newman entendió que la relación entre el mundo visible e invisible podía intentarse explicarse en torno a tres vías de aproximación. La primera sostenía que así como se habla de otros mundos como el político, el artístico o el animal, donde se reúnen criaturas que comparten elementos en común y de los que poco o nada saben quienes no pertenecen a ellos, así también podía existir un mundo invisible de naturaleza religiosa que contuviera elementos de los que no tenemos un conocimiento detallado³⁰. La segunda vía sostendría que nos relacionamos con ese mundo de una manera física.

401.

²⁸ Cf. H. A. ALEXANDER, *Reclaiming goodness. Education and the spiritual quest*, University of Notre Dame Press, Notre Dame, Indiana, 2001.

²⁹ Cf. J. H. NEWMAN, "Invisible presence of Christ", en *Sermons on Subjects of the day*. Cf. <http://www.newmanreader.org/works/subjects/sermon21.html>

³⁰ Cf. J. H. NEWMAN, "El mundo invisible", en *Sermones parroquiales*, vol. 4, Encuentro, Madrid 2010, 229.

Esto se puede dar cuando los elementos que forman parte del mundo invisible se revelan físicamente ante nuestros sentidos sensoriales. Así se puede sostener que los ángeles intervienen en la historia humana, por ejemplo, o aquella primera época de una altísima densidad epifánica. Del mismo modo, podemos tener conocimiento de ese mundo invisible a través de los movimientos que experimentan nuestras emociones o sentimientos, cuyo ejemplo lo podemos encontrar en la turbación de Jacob cuando despierta del sueño donde ha peleado cuerpo a cuerpo con Dios, la misma inquietud y sorpresa de las mujeres en el sepulcro el momento en que los de Emaús caen en la cuenta de que habían estado cerca del maestro³¹.

Pero me parece que es el último argumento, mucho más profundo, donde se expresa lo verdaderamente newmaniano. Aquí, el cardenal extrapola la dinámica de las estaciones del año a la vida del espíritu –con ciertas resonancias paulinas–. Si la primavera expresa una vida interna que hace que la vegetación se abra a una nueva vida después del otoño, también este mundo visible debe contener una fuerza del espíritu que haga posible no sólo conjeturar la existencia de un mundo invisible, sino la relación de ambas dimensiones –cómo decirlo– casi en una dimensión espacial y temporal semejante³². Pero para comprender un poco más estas intuiciones es necesario explicar todavía algunas ideas.

Según el santo inglés, el mundo invisible constaría de tres elementos. Dios-Trinidad, es decir, la vida divina en todas sus formas y en unidad³³. Además, como ya he sugerido anteriormente, el mundo invisible contendría también la existencia de los ángeles y los arcángeles y todo el resto de formas de vida suprasensibles que aparecen testimoniadas por la Sagrada Escritura y que “son servidores y compañeros nuestros, colaboradores que velan y defienden al más humilde de nosotros si pertenecemos a Cristo”³⁴. Finalmente, contendría el alma de los difuntos, es decir, la existencia de los seres humanos cuando fallecen, que es el momento en que pasarían a formar parte de ese mundo invisible. De ellos llega a escribir que “Viven como vivían antes, pero la estructura exterior por la que mantenían contacto con otros hombres se separa de ellos no sabemos cómo, se seca y marchita como las hojas desprendidas de un árbol. Las almas permanecen, pero sin los medios usuales de acercarse y mantener relación con nosotros”³⁵.

Al hilo de este último contenido, Newman desarrolla unos argumentos que intentan profundizar todavía en la relación que mantiene este mundo con el invisible. Al margen de unas alusiones eclesiológicas donde aparece la noción de “invisible” pero en escasa relación con estos contenidos³⁶, Newman entiende que dentro de cada ser

³¹ Cf. *Ibíd.*, 228, 232.

³² Cf. *Ibíd.*, 232-235.

³³ Cf. *Ibíd.*, 227.

³⁴ Cf. *Ibíd.*, 228.

³⁵ Cf. *Ibíd.*, 228.

³⁶ Cf. J. H. NEWMAN, “Iglesia visible e invisible”, en *Sermones parroquiales*, vol. 3, Encuentro, Madrid

humano hay una inhabitación crístico-pneumatológica³⁷. Esta inhabitación le permite argumentar, en continuidad con el argumento sobre esa vida interna de las estaciones del año que hace estallar la primavera, que los seres humanos pasan a formar parte del mundo invisible con su fallecimiento en virtud de que poseen la misma presencia de Cristo dentro de sí³⁸. Algo, además, que adopta también la forma de una ley escrita en el fondo de nuestros corazones -lo que en Newman alude explícitamente a su noción de conciencia moral.

En suma, Newman entiende que “consideradas en conjunto las cosas que vemos y las que no vemos, hay que afirmar que el mundo invisible es mucho más excelente que el mundo que vemos”³⁹. Florensky tiene intuiciones muy semejantes, pero llega a ellas por una vía completamente distinta.

Pável Florensky o el icono como pórtico de entrada al mundo invisible

En su mayoría, las alusiones al mundo invisible de Pável Florensky se encuentran en el marco de una teoría estética. Sostiene que sería posible acceder al mundo invisible a través del sueño o la mística, pero será el icono lo que se constituye como “el confín entre el mundo invisible y el visible”⁴⁰.

A esa idea llega Florensky a través de dos argumentos interrelacionados. El primero tendría una naturaleza antropológica. Tomaría el rostro como punto de referencia para discernir el estado de condenación o santidad de una persona. En sí mismo, el rostro sería el fenómeno que expresa visiblemente el interior del ser humano. En base a ello, se puede cubrir como de una pátina de suciedad una máscara que desfiguraría el propio rostro como consecuencia del pecado, lo que haría evidente que incluso ya se habría producido el mismo juicio de Dios⁴¹. En el extremo opuesto se encontraría el “semblante”, que sería el reflejo de la imagen de Dios, a cuyo estado se llegaría tras una transformación de la mente que permitiría reconocer, cumplir y gustar la voluntad de Dios⁴². Y así se llega al segundo argumento que tiene una pretensión litúrgico-espiritual. Florensky entiende que el templo es un camino que conduce hacia el cielo y en él, en el camino quiero decir, el altar es el lugar más importante. Sin embargo, hay orantes que se encontrarían todavía en una situación de debilidad espiritual y no son capaces de apreciar esta dimensión del mundo invisible que esconde tras de sí la arquitectura, por lo que se hace necesario el iconostasio, es decir, la colocación de unos

2009.

³⁷ Cf. *Ibíd.*, 214.

³⁸ Cf. J. H. NEWMAN, “Invisible presence of Christ”, en *Sermons on Subjects of the day*.

³⁹ NEWMAN, *El mundo invisible*, 227.

⁴⁰ P. FLORENSKY, *El iconostasio. Una teoría de la estética*. Sígueme, Salamanca 2018, 67.

⁴¹ Cf. *Ibíd.*, 57.

⁴² Cf. *Ibíd.*, 61-62.

iconos donde los santos que aparecen en ellos ofrecen insinuaciones que permiten captar progresivamente el mundo invisible en virtud de sus semblantes. Como “hagiofonías” o “angelofonías”. Lo que conduce el discurso a la ontología del icono.

En realidad, lo que proporcionan los iconos es una revelación del contenido del mundo invisible, que Florensky concreta en “el grupo unido de los santos, la nube de testigos que circundan el Trono divino, la esfera de la gloria celeste, testigos que anuncian el misterio”⁴³. Más concretamente, “el iconostasio son los propios santos”⁴⁴ que perpetuarían su existencia en este mundo visible de ese modo para contribuir así al acceso espiritual de las personas al mundo invisible. De hecho, Florensky entiende que si los iconos dejaran de cumplir su función como pórtico de entrada a una realidad suprasensible, no dejarían de ser más que tablas pintadas⁴⁵. “El carácter fenoménico de los iconos en el sentido propio de la palabra indica los *fenómenos* generados por ellos, las señales de la gracia divina que se han manifestado mediante el icono. La curación del alma que se produce mediante el contacto con el mundo espiritual a través del icono es ante todo y sobre toda la manifestación de un socorro milagroso”⁴⁶. Por ello, concede una importancia fundamental al pintor de iconos⁴⁷, que se movería como en tres ámbitos. En una vida monástica que le permite ver el semblante de los santos que debe pintar. En un canon que debe respetar porque expresa la continuidad de las revelaciones⁴⁸. Y en la sumisión a la Iglesia, que es quien reconoce que el icono pintado expresa en verdad el contenido del mundo invisible⁴⁹. Lo interesante es que, al hilo de esa teoría del proceso creativo, Florensky sugiere algunas intuiciones que comienzan a centrar el discurso en la dimensión filosófico-educativa de la última parte de este artículo. Porque sostiene que los iconos cumplen una función gnoseológica por cuanto revelan una dimensión de la realidad que amplía la estrecha perspectiva que proporciona el mundo visible por sí solo⁵⁰. Además, escribe que “es precisamente función del culto revelar las imágenes sagradas y es él quien educa y guía a las personas”⁵¹.

Esta misma intuición pedagógica de Florensky casi abre ya el discurso a las sugerencias que cabe deducir sobre la educación del espíritu.

⁴³ *Ibid.*, 67.

⁴⁴ *Ibid.*, 67.

⁴⁵ Cf. *Ibid.*, 71.

⁴⁶ *Ibid.*, 82.

⁴⁷ Cf. *Ibid.*, 103-118.

⁴⁸ Cf. *Ibid.*, 88 y ss.

⁴⁹ Cf. *Ibid.*, 110.

⁵⁰ Cf. *Ibid.*, 69, 152-153.

⁵¹ *Ibid.*, 119.

4. Orientaciones pedagógicas sobre el mundo invisible y la educación del espíritu

En efecto, las argumentaciones que Newman y Florensky articulan en torno a la idea del “mundo invisible” se prestan a una interpretación pedagógica que aporta algunas líneas muy sugerentes para pensar la educación del espíritu. Pienso que habría tres puntos que es necesario comentar.

Me parece que una interpretación que puede ayudar a orientar la práctica de la educación del espíritu consiste en entenderla como una educación en la capacidad de ver los elementos que componen la realidad. Newman aludía a una necesidad de ver a través de la fe⁵² y Florensky llegó a describir el efecto de los iconos en el espíritu del orante como la consecuencia de haber “retirado las escamas de los ojos”⁵³. Ambas intuiciones parecen dirigirse a la necesidad de percibir la realidad del mundo visible, que es la realidad que penetra en nosotros a través de los sentidos, como si contuviera dentro o estuviera inmersa en un mundo invisible, que es el mundo que se percibe a través de los ojos de la fe. Es difícil hacer operativa

esta intuición, pero existe una correspondencia en el mundo de la pedagogía. Cuando Max Van Manen quiere hablar sobre la manera en que los docentes toman decisiones en el aula sugiere la idea de que perciben a sus estudiantes de un modo distinto a si fueran sus nietos, hijos o sobrinos, y ello determina su conducta. Quiero decir, que los ven con una finalidad distinta que marca la relación que mantienen con ellos. En formar algo así consistiría la educación del espíritu. En provocar que los estudiantes vean la realidad y se relacionen con ella de modo que sepan que hay una dimensión invisible que les afecta.

Obviamente, una relación con la realidad como la que cabe deducir del punto anterior tendría como consecuencia el hecho de que la persona experimentaría una transformación integral. Las argumentaciones de Florensky sobre el “rostro”, la “máscara” y el “semblante” así como la leve intuición de Newman sobre la conciencia moral y la inhabitación crística pneumatológica parecen señalar en esta dirección. Ambos entienden que la capacidad de discernir el mundo invisible transforma al sujeto internamente⁵⁴ y eso significa, ya en una deducción filosófico-educativa, que se relaciona con todas las potencias educables del ser humano en virtud del espíritu. Desde el punto de vista de la educación intelectual, la educación del espíritu conduciría a una comprensión ampliada de la realidad que sería capaz de comprender ésta en virtud de la dinámica propia del mundo invisible, que es el ámbito donde habita Dios-Trinidad y su cohorte de ángeles, santos y difuntos. En lo que tiene que ver con la educación moral, y casi en virtud de una noción inexpresada de sabiduría, parecen

⁵² Cf. NEWMAN, *El mundo invisible*, 226.

⁵³ FLORENSKY, *El Iconostasio*, 76.

⁵⁴ Cf. NEWMAN, *El mundo invisible*, 231; FLORENSKY, *El Iconostasio*, 59-61.

sugerir que el conocimiento condiciona la expresión moral. De manera que se podría decir que el individuo actuaría en el mundo visible casi en función del mundo invisible que percibe a través de la fe.

El tercer punto incide todavía más en el currículo. Porque si lo que acabo de decir debiera permear un currículo, ambos autores parecen sugerir que hay contenidos que ayudan a percibir mejor el mundo invisible tal y como afecta a la educación del espíritu. Esos contenidos podrían sintetizarse en dos. El primero, que es deudor del pensamiento newmaniano, diría que la propia educación religiosa proporciona contenido y sentido al mundo invisible refiriendo todo otro contenido a la realidad de Dios-Trinidad. El segundo, casibasándonos exclusivamente en las intuiciones de Florensky, sostendría que la educación estética introduce al estudiante en un grupo de contenidos y sensaciones que casi *per se* ayudan a introducirse en el mundo invisible y, por tanto, a configurar su experiencia espiritual -además de abrir las posibilidades a personas sin creencias religiosas. Así, la religión y la estética establecen un vínculo especial que forma el espíritu y se extiende al resto de materias.

En definitiva, y con esto cierro ya el texto, parece obvio que la educación del espíritu es de suyo desbordante. Así, cuando se habla de ella no es posible referirse sólo a la educación religiosa, sino a una interpretación de todo el proceso educativo -cuya expresión, quizá, eso sí, adquiere mayor profundidad bajo una forma religiosa. Lo que quiero decir es que debemos comprender que hay valores superiores de la existencia que deben ser cultivados con independencia de haber recibido el don de la fe. Intelectualmente, todos los seres humanos deben adquirir las destrezas mentales básicas para pensar críticamente, con independencia de que los cristianos sepamos que cualquier cosa que conozcamos queda transformada bajo el peso de la cruz y el grito del abandono. Moralmente, todos los seres humanos deben actuar de tal forma que su libertad enriquezca su propia dignidad y la de todos los otros, con independencia de que los cristianos lo hagamos en la amorosa obediencia a la Voluntad de Dios. Políticamente, las personas deben buscar la justicia y denunciar la opresión por todos los rincones de la tierra, con independencia de que los cristianos lo hagamos buscando el Reino de Dios y su justicia. Estéticamente, todas las personas deben tener la actitud receptiva para saber apreciar la belleza cuando la tienen delante, con independencia de que los cristianos veamos en ella un reflejo de la luz divina. En fin, en fin, pienso que la educación del espíritu tiene como base estos argumentos y alcanza su culminación en la educación religiosa.



Lectio Divina

La huida a Egipto y el regreso a Nazaret Una lectura de Mt 2,13-23

1. Lectio

a) Oración inicial:

Oh Dios, nuestro Creador y Padre, tú has querido que tu Hijo, engendrado antes de la aurora del mundo, fuese en todo semejante a nosotros encarnándose en el seno de la Virgen María por obra del Espíritu Santo. Envía sobre nosotros tu mismo Espíritu vivificador, para que podamos ser siempre más dóciles a la acción santificadora, dejándonos transformar dócilmente por el mismo Espíritu en la imagen y semejanza de Jesucristo tu Hijo, nuestro hermano, salvador y redentor.

b) Lectura del Evangelio de Mateo:

¹³ Cuando ellos se retiraron, el ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo: «Levántate, toma contigo al niño y a su madre y huye a Egipto; y estate allí hasta que yo te diga. Porque Herodes va a buscar al niño para matarle.» ¹⁴ Él se levantó, tomó de noche al niño y a su madre, y se retiró a Egipto; ¹⁵ y estuvo allí hasta la muerte de Herodes; para que se cumpliera lo dicho por el Señor por medio del profeta: *De Egipto llamé a mi hijo.*

¹⁶ Entonces Herodes, al ver que había sido burlado por los magos, se enfureció terriblemente y envió a matar a todos los niños de Belén y de toda su comarca, de dos años para abajo, según el tiempo que había precisado por los magos. ¹⁷ Entonces se cumplió lo dicho por el profeta Jeremías: ¹⁸ *Un clamor se ha oído en Ramá, mucho llanto y lamento: es Raquel que llora a sus hijos, y no quiere consolarse, porque ya no existen.*

¹⁹ Muerto Herodes, el ángel del Señor se apareció en sueños a José en Egipto y le dijo: ²⁰ «Levántate, toma contigo al niño y a su madre, y vete a la tierra de Israel, pues ya han muerto los que buscaban la vida del niño». ²¹ Él se levantó,

tomó consigo al niño y a su madre, y entró en tierra de Israel. ²² Pero al enterarse de que Arquelao reinaba en Judea en lugar de su padre Herodes, tuvo miedo de ir allí; y, avisado en sueños, se retiró a la región de Galilea, ²³ y fue a vivir en una ciudad llamada Nazaret; para que se cumpliese lo dicho por los profetas: *Será llamado Nazoreo.*

c) Momento de silencio

Para que la Palabra de Dios pueda entrar en nosotros e iluminar nuestra vida.

2. Meditatio

a) Clave de lectura

El evangelio de Mateo ha sido llamado el “Evangelio del Reino”. Mateo nos invita a reflexionar sobre la venida del reino de los cielos. En la estructura de su relato evangélico algunos han visto un drama en siete actos, que trata de la realidad de la venida de este Reino. El drama comienza con la preparación para esta venida del reino en la persona del Mesías niño y termina con la venida del Reino en el sufrimiento y en el triunfo con la pasión, muerte y resurrección de Jesucristo, Hijo de Dios.

El pasaje del evangelio propuesto para nuestra reflexión, forma parte por así decir del primer acto, en el cual Mateo nos presenta la persona de Jesús como el cumplimiento de las Escrituras. Mateo es el evangelista que más veces cita el Antiguo Testamento para demostrar que en Cristo se cumplen la ley y los profetas. Jesús, la realización y la perfección de las Escrituras, ha venido al mundo para restablecer el reino de los cielos, ya anunciado en la alianza de Dios con su pueblo. Con la venida de Cristo, esta alianza no se limita sólo al pueblo hebreo, sino que se extiende a todos los pueblos. Mateo dirige una comunidad de hebreos cristianos, perseguida por la sinagoga, y la invita a la apertura hacia los gentiles. Él es el escriba sabio que sabe sacar de su tesoro lo que es antiguo y lo que es nuevo. El evangelio ha sido primeramente escrito en arameo y después redactado en griego.

El pasaje Mateo 2,13-23, hace parte de la sección que trata del nacimiento y la infancia de “Jesucristo hijo de David, hijo de Abrahán” (Mt 1,1). Jesús es hijo de su pueblo, pero también es hijo de toda la humanidad. En su genealogía se encuentran influencias extranjeras (Mt 1, 3-6). Los primeros llamados a dar homenaje al recién nacido, además de María su Madre (Mt 2, 11), son los Magos. El Mesías atrae a los sabios con su luz ofreciéndoles la salvación (Mt 2,1-12). Los Magos reciben esta salvación en contraste con Herodes y la Jerusalén turbada (Mt 2,3). Desde su nacimiento, Jesús es perseguido

por los jefes de su pueblo y al mismo tiempo revive las experiencias dolorosas de su pueblo.

Ya desde su nacimiento revive la experiencia de su pueblo exiliado y humillado más de una vez. El evangelio nos demuestra esto con el relato de la huida a Egipto y la matanza de los inocentes. El drama de estos sucesos se desarrolla delante de nosotros en estos apartados:

- El ángel que aparece en sueños a José después de la partida de los Magos, y la huida a Egipto (Mt 2,13-15).
- Herodes que cae en la cuenta de la burla de los Magos y mata a todos los niños de Belén (Mt 2, 16-18).
- La muerte de Herodes y el regreso “clandestino” de la Santa Familia, no a Belén sino a Galilea (Mt 2, 19-23)

El tema del rey que mata a los temidos adversarios es común en la historia de toda dinastía real. En la literatura bíblica además de esta escena de Herodes que busca al Niño Jesús para matarlo, encontramos en el Antiguo Testamento algunos relatos semejantes. En el primer libro de Samuel, Saúl rechazado por el Señor, tiene temor de David e intenta matarlo (1 Sam 15; 18; 19; 20). Mical y Jonatán lo ayudan a escapar (1Sam 19,20). Además, en el primer libro de los Reyes, el rey Salomón, en su vejez, infiel a Dios y a sus padres, con el corazón pervertido, cometió lo que es malo a los ojos del Señor (1 Re 11,3-13). Por eso el Señor suscita contra él un adversario (1 Re 11,14), Hadad, que durante el reino de David huye y se refugia en Egipto (1 Re 11,17). Otro adversario de Salomón es Jeroboán, que también se refugia en Egipto para escapar del rey que quiere matarlo (1 Re 11,40). Esto era el período de la degeneración del reino. En el segundo libro de los Reyes, esta vez en el contexto del asedio a Jerusalén, que sucede “en el año nono de su reinado [de Nabucodonosor], en el décimo mes, el diez del mes” (2 Re 25,1) del año 589, encontramos el saqueo de Jerusalén y la segunda deportación del pueblo en el año 587 (2 Re 25, 8-21). El pueblo “que quedaba en el país de la Judea” (2Re 25,22) se somete a Godolía puesto como gobernador por Nabucodonosor. “Ismael [...] con diez hombres [...] dieron muerte a Godolía, a los Judíos y Caldeos que estaban con él”. Luego, por temor de los Caldeos, huyeron a Egipto (2 Re 25-26). En el libro del profeta Jeremías encontramos también el relato de Uría “un hombre que profetizaba en el nombre del Señor” (Jer 26, 20). Éste huye a Egipto porque el rey Joaquín trataba de matarlo. El rey logró encontrarlo en Egipto y lo mató (Jer 25 20-24).

Con estos hechos que aclaran la huida de la Sagrada Familia a Egipto, Mateo nos hace ver a Jesús que ya desde niño participa de la suerte de su pueblo. Egipto se convierte para Jesús en refugio, como lo fue para los patriarcas:

- Abrahán que “descendió en Egipto, para vivir allí, porque la carestía pesaba sobre aquel país” (Gén 12,1)
- José amenazado por los hermanos que intentan matarlo por envidia y es después vendido a los mercaderes que lo conducen a Egipto entregándolo a Putifar (Gén 37, 12-36)
- Israel (Jacob) que sale para Egipto llamado por su hijo José (Gén 46, 1-7).
- La familia de Israel (Jacob) que entra en Egipto y allí se establece (Gén 46-50; Ex 1, 1-6)

Mateo cambia el sentido de la cita tomada de Oseas 11,1: “De Egipto llamé a mi hijo” y la interpreta como si Dios llamase a su Hijo Jesús para huir a Egipto (Mt 2,15). El sentido original de Oseas era, que el Señor llamó a su hijo Israel a huir a Egipto para formar un pueblo. La huida a Egipto de Jesús y el exterminio de los inocentes de Belén nos recuerda la opresión de Israel en el país de Egipto y el exterminio de los recién nacidos machos (Éx 1, 8-22).

La profecía aplicada para la matanza de los inocentes está tomada del libro de la consolación compuesto por los capítulos 30 y 31 del libro del profeta Jeremías. El lamento está ligado a la promesa del Señor que consuela a Raquel esposa de Jacob (Israel) madre de José sepultada según la tradición cerca de Belén y le promete que habrá una compensación por sus penas, sus hijos que no volverán jamás (Jer 31, 15-18).

Volviendo de Egipto después de la muerte de Herodes, José decide establecerse en Galilea en una ciudad llamada Nazaret. Jesús será llamado Nazareno. Más tarde también sus discípulos serán reconocidos como Nazarenos (Act 24,5). Este apelativo además de indicar el nombre de una ciudad, puede también referirse al “retoño”, o sea, al “neçer” de Isaías 11,1. Puede también referirse al resto de Israel “naçur” (ver Is 42,6).

b) Preguntas para la reflexión personal

- ¿Qué es lo que más te ha llamado la atención de este relato de Mateo?
- ¿Qué significa para ti el reino de los cielos?
- ¿En qué se diferencia el reino de los cielos de los reinos de este mundo?
- Mateo nos presenta la persona de Jesús como aquél que se identifica con la suerte de su pueblo. Lee los pasajes citados en la clave de lectura para reflexionar y orar sobre los acontecimientos del pueblo de Dios, en el que Jesús

se ha identificado. ¿Cuáles son las situaciones semejantes en nuestro mundo? Pregúntate que puedes hacer tú para mejorar el ambiente en el que vives y trabajas...sobre todo si no concuerdan con el reino de los cielos.

3. Oratio y contemplatio

Padre misericordioso, concédenos seguir los ejemplos de la Sagrada Familia de Jesús, José y María, para que estemos siempre seguros en las pruebas de esta vida hasta el día en que nos reunamos en la gloria del cielo. Por Cristo nuestro Señor.

La paz de Cristo reine en vuestros corazones (Col 3,15).

El anaquel

Vosotros sois mis amigos (Jn 15,14)⁵⁵

Papa Francisco

Queridos hermanos y hermanas:

Con motivo de su Día Internacional, quisiera dirigirme directamente a ustedes que viven con algún tipo de discapacidad, para decirles que la Iglesia los ama y necesita de cada uno de ustedes para cumplir su misión al servicio del Evangelio.

Jesús, el amigo

¡Jesús es nuestro amigo! Él mismo lo dijo a sus discípulos en la última cena (cf. Jn 15,14). Sus palabras llegan hasta nosotros, iluminando el misterio de nuestro vínculo con Él y nuestra pertenencia a la Iglesia. «La amistad con Jesús es inquebrantable. Él nunca se va, aunque a veces parece que hace silencio. Cuando lo necesitamos se deja encontrar por nosotros y está a nuestro lado por donde vayamos»⁵⁶. Los cristianos hemos recibido un don: el acceso al corazón de Jesús y la amistad con Él. Es un privilegio con el que hemos sido bendecidos y que se convierte en nuestra llamada, ¡nuestra vocación es ser sus amigos!

Tener a Jesús como amigo es el mayor de los consuelos y puede hacer de cada uno de nosotros un discípulo agradecido y alegre, capaz de dar testimonio de que la propia fragilidad no es un obstáculo para vivir y comunicar el Evangelio. La confianza y la amistad personal con Jesús pueden ser la clave espiritual para aceptar las limitaciones que todos experimentamos y para vivir nuestra condición de forma reconciliada. Pueden suscitar una alegría que «llena el corazón y la vida entera» (Exhort. ap.

⁵⁵ Mensaje del Santo Padre para el día internacional de las personas con discapacidad (3 de noviembre de 2021).

⁵⁶ Exhort. ap. postsin. *Christus vivit*, 154.

Evangelii gaudium, 1) porque, como escribió un gran exégeta, la amistad con Jesús es «una chispa que enciende el fuego del entusiasmo»⁵⁷.

La Iglesia es su casa

El Bautismo hace que cada uno de nosotros seamos miembros de pleno derecho de la comunidad eclesial y, sin exclusión ni discriminación, nos da la posibilidad de exclamar: “¡Soy Iglesia!”. La Iglesia, de hecho, es la casa de ustedes. Nosotros, todos juntos, somos Iglesia porque Jesús ha elegido ser nuestro amigo. La Iglesia —queremos aprenderlo cada vez más en el proceso sinodal que hemos emprendido— «no es una comunidad de perfectos, sino de discípulos en camino, que siguen al Señor porque se reconocen pecadores y necesitados de su perdón» (Catequesis, 13 abril 2016). En este pueblo, que avanza a través de los acontecimientos de la historia guiado por la Palabra de Dios, «todos son protagonistas, nadie puede ser considerado un mero figurante» (A los fieles de Roma, 18 septiembre 2021). Por ello, cada uno de ustedes está llamado también a aportar su propia contribución en el camino sinodal. Estoy convencido de que, si es realmente «un proceso eclesial participado e inclusivo»⁵⁸, la comunidad eclesial se verá verdaderamente enriquecida.

Por desgracia, aún hoy muchos de ustedes «son tratados como cuerpos extraños en la sociedad. [...] Sienten que existen sin pertenecer y sin participar», y «hay todavía mucho que les impide tener una ciudadanía plena» (Carta enc. Fratelli tutti, 98). La discriminación sigue estando demasiado presente en varios niveles de la vida social; se alimenta de los prejuicios, la ignorancia y una cultura que lucha por comprender el valor inestimable de cada persona. En particular, seguir considerando la discapacidad —que es el resultado de la interacción entre las barreras sociales y las limitaciones de cada persona— como si fuera una enfermedad, contribuye a mantener sus vidas separadas y alimenta el estigma en su contra.

En lo que respecta a la vida de la Iglesia, «la peor discriminación [...] es la falta de atención espiritual» (Exhort. ap. Evangelii gaudium, 200), que a veces se ha manifestado en la negación del acceso a los sacramentos que, por desgracia, algunos de ustedes han experimentado. El Magisterio es muy claro en este asunto y recientemente el Directorio para la Catequesis declaró explícitamente que «nadie puede negar los sacramentos a las personas con discapacidad» (n. 272). Frente a la discriminación, es precisamente la amistad de Jesús, que todos recibimos como un don inmerecido, la que nos redime y nos permite experimentar las diferencias como una riqueza. En efecto, Jesús no nos llama siervos, mujeres y hombres de dignidad a

⁵⁷ Rudolf Schnackenburg, *Amicizia con Gesù*, Brescia 2007, p. 68.

⁵⁸ Sínodo de los Obispos, *Documento preparatorio. Por una Iglesia sinodal: comunión, participación y misión*, 2.

medias, sino amigos, confidentes dignos de conocer todo lo que Él ha recibido del Padre (cf. Jn 15,15).

En tiempo de prueba

La amistad de Jesús nos protege en el tiempo de la prueba. Soy consciente de que la pandemia de Covid-19, de la que estamos luchando por salir, ha tenido y sigue teniendo repercusiones muy duras en la vida de muchos de ustedes. Me refiero, por ejemplo, a la necesidad de permanecer en casa durante largos periodos; a la dificultad que tienen muchos estudiantes con discapacidad para acceder a las herramientas de aprendizaje a distancia; a los servicios de atención al público que se interrumpieron durante mucho tiempo en muchos países; y a muchas otras dificultades que cada uno de ustedes ha tenido que afrontar. Pero, sobre todo, pienso en los que viven en centros residenciales y en el sufrimiento que ha supuesto la separación forzosa de sus seres queridos. En estos lugares el virus ha sido muy violento y, a pesar de la dedicación del personal, se ha cobrado demasiadas víctimas. Sepan que el Papa y la Iglesia están cerca de ustedes de manera especial, con afecto y ternura.

La Iglesia está al lado de todos los que siguen luchando contra el coronavirus. Como siempre, la Iglesia insiste en la necesidad de que todos sean atendidos, sin que la discapacidad sea un obstáculo para acceder a los mejores cuidados disponibles. En este sentido, algunas conferencias episcopales —como las de Inglaterra y Gales⁵⁹ y la de Estados Unidos⁶⁰— ya han intervenido para pedir que se respete el derecho de todos a ser tratados sin discriminación.

El Evangelio es para todos

Nuestra vocación también deriva de nuestra amistad con el Señor, que nos ha elegido para que demos mucho fruto y que nuestro fruto permanezca (cf. Jn 15,16). Presentándose como la verdadera Vid, quiso que cada sarmiento, unido a Él, pudiera dar fruto. Sí, Jesús quiere que alcancemos «la felicidad para la cual fuimos creados. Él nos quiere santos y no espera que nos conformemos con una existencia mediocre, aguada, licuada» (Exhort. ap. *Gaudete et exsultate*, 1).

El Evangelio también es para ti. Es una Palabra dirigida a todos, que consuela y, al mismo tiempo, llama a la conversión. El Concilio Vaticano II, hablando de la llamada universal a la santidad, enseña que «todos los fieles, de cualquier estado o condición,

⁵⁹ Cf. Bishops' Conference of England and Wales, *Coronavirus and Access to Treatment* (20 abril 2020).

⁶⁰ Cf. USCCB - Public Affairs Office, *Statement on Rationing Protocols by Health Care Professionals in Response to COVID-19* (3 abril 2020).

están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad [...]. En el logro de esta perfección empeñen los fieles las fuerzas recibidas según la medida de la donación de Cristo, a fin de que, [...] se entreguen con toda su alma a la gloria de Dios y al servicio del prójimo» (Const. dogm. *Lumen gentium*, 40).

Los Evangelios nos dicen que cuando algunas personas con discapacidad conocieron a Jesús, sus vidas cambiaron profundamente y comenzaron a ser sus testigos. Es el caso, por ejemplo, del ciego de nacimiento que, curado por Jesús, afirmó con valentía delante de todos que era un profeta (cf. Jn 9,17); y muchos otros proclamaron con alegría lo que el Señor había hecho por ellos.

Sé que algunos de ustedes viven en condiciones extremadamente frágiles. Pero me gustaría dirigirme a ustedes —quizá pidiendo, cuando sea necesario, a sus familiares o a las personas más cercanas a ustedes que les lean estas palabras o que les transmitan este llamamiento que hago— y pedirles que recen. El Señor escucha atentamente la oración de los que confían en Él. Que nadie diga: “No sé rezar”, porque, como dice el Apóstol, «el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad, porque como no sabemos orar como conviene, él mismo intercede por nosotros con gemidos inexplicables» (Rm 8,26). En los Evangelios, de hecho, Jesús escucha a los que se dirigen a Él incluso de forma aparentemente inadecuada, quizá sólo con un gesto (cf. Lc 8,44) o un grito (cf. Mc 10,46). En la oración hay una misión accesible a todos, y me gustaría encomendársela a ustedes de manera especial. No hay nadie tan frágil que no pueda rezar, adorar al Señor, dar gloria a su santo Nombre e interceder por la salvación del mundo. Ante el Todopoderoso todos nos descubrimos iguales.

Queridos hermanos y hermanas, su oración es hoy más urgente que nunca. Santa Teresa de Ávila escribió que «cuando los tiempos son recios, son necesarios amigos fuertes de Dios para sostener a los flojos»⁶¹. La época de la pandemia nos ha mostrado claramente que todos somos vulnerables, «nos dimos cuenta de que estábamos en la misma barca, todos frágiles y desorientados; pero, al mismo tiempo, importantes y necesarios, todos llamados a remar juntos»⁶². La primera forma de hacerlo es rezar. Todos podemos hacerlo; e incluso si, como Moisés, necesitamos que nos sostengan (cf. Ex 17,10), estamos seguros de que el Señor escuchará nuestra súplica.

Les deseo lo mejor. Que el Señor los bendiga y la Virgen Santa los proteja.

⁶¹ *Vida*, 15, 5.

⁶² Momento extraordinario de oración en tiempos de epidemia (27 marzo 2020).



Historias de probada juventud

No es cuestión de años

Un poco por delante deambula la señora María. María es madrugadora: pasea un lunes a estas horas, viene de misa y es una buena tertuliana de la calle por la que yo me dirijo a mis primeras ocupaciones del día. Me paro a saludarla y sin mayor dilación me pregunta por el señor con que acabamos de cruzarnos. ¡“Tiene 95 años”! Todavía me da tiempo a fijarme en su figura. Lleva sombrero, corbata y una gabardina tres cuartos al estilo Sherlock Holmes. Me pasa por la mente la imagen de este policía mañanero avezado a caminar en la búsqueda del bien. Lo de los 95 años casi me exige un acto de fe. Ella insiste..., y yo tengo que creer a la señora María.

Una cosa es cumplir años y otra bien distinta es vivir. Como no es lo mismo llenar la vida de días que llenar los días de vida. No vivimos el tiempo en espacios numéricos. O llenamos los días de vida o el tiempo nos va madurando como a la fruta. Y esa es la diferencia entre el que anda por la vida sobreviviendo y el que camina por la vida luciéndola como un regalo agradecido. He ahí el caso del caballero anónimo que me ha señalado esta señora, que, por cierto, camina regalando alegría.

Nos hemos acostumbrado a cumplir años inconscientemente, a dejar que los días se nos cuelguen a la espalda aumentando ese peso que nos dobla y nos hace parecer mayores de lo que somos. Malo que los años se nos depositen en la espalda: los días hay que llevarlos en el corazón. Porque cada día es un don, una maravilla que se nos regala en este tiempo que no es nuestro, aunque sea de todos.

Me cuenta María que nuestro compañero de calle, aunque camine en sentido inverso, ha ejercido una profesión de servicio, ha sabido hacerse querer porque era experto en amar a la gente, ha regalado a todo el mundo su sonrisa y sus gestos de solidaridad. “Ha sido siempre un hombre muy generoso y, por lo mismo, feliz”. Y ahora la vida le devuelve el cariño, mientras los años se almacenan en su corazón, mientras en el almanaque de sus días van cayendo las hojas de un otoño plácido sin resfriados existenciales ni lamentos inoportunos. Los achaques los apunta en la libreta de sus vivencias... y son muchas las que puede contarnos el caballero del sombrero, corbata y gabardina tres cuartos al estilo Sherlock Holmes, guardián especializado en los caminos de la vida y tertuliano silencioso y asiduo de mi calle.

Confundir el tiempo con los días o la vida con los años es lo mismo que confundir el espacio con el tiempo o las horas con los metros. Conviene recordar que cada coordenada tiene sus parámetros, a veces, sorprendentes e incomprensibles.

No sé por qué esta *historia de probada juventud* me sabe a Navidad; la Navidad sin tiempo que llevamos siempre en el corazón. ¡Feliz Navidad, María! ¡Feliz Navidad para todos los que han aprendido que la vida no es solo cuestión de años!

Isidro Lozano



Campaña
Postales
2021-22



salesianos
SANTIAGO EL MAYOR



ENCUENTRO



CUIDADO



ESPERANZA